



Dulce Carolina

LIDIA PÁEZ

DULCE
CAROLINA

Lidia Páez

© Lidia Páez, [Enero 2020]
Número de registro: [2001152878866]
Revisión/Corrección: Kaera Nox.
Portada: Lidia Páez.
Foto portada: Son Cuquis.
Todos los derechos reservados.

*No puedes comprar la felicidad, pero puedes comerte unos cupcakes.
Es casi lo mismo.*

Tabla de contenido

- 1.Pastelería Marquina
- 2.Don José Márquez
- 3.El pequeño Martín
- 4.Lucas
- 5.Hermanas
- 6.Primer encuentro a solas
- 7.Oh, Carol
- 8.¡De party!
- 9.Como conejos
- 10.In fragantti
- 11.La media confesión
- 12.Dulce Navidad
- 13.¡Sor-pre...!
- 14.Diego
- 15.Dos hombres y un destino
- 16.Jorge y Patricia I
- 17.Una retirada a tiempo
- 18.Un clavo saca otro clavo
- 19.Jorge y Patricia II
- 20.Cortesía de la casa
- 21.Aclarémonos

1. Pastelería Marquina

Después de muchos años trabajando para los Martínez, en los años sesenta, el abuelo Pepe decidió abrir su propio obrador. En aquella época se dedicaba a hacer pan, algún dulce típico y, de vez en cuando, una tarta para un cumpleaños o para un evento especial. Le puso a su pastelería el nombre de *Marquina*; mezcló los apellidos de la familia que había formado junto a su mujer, ellos eran los Márquez Medina.

Dos décadas después, su hijo se incorporaba al equipo tras haber mamado desde chiquitito horas y horas en la trastienda de la panadería, empapándose así de las recetas familiares y absolutamente artesanales que su padre y el resto de trabajadores realizaban a diario. Con él, llegaron también algunos cambios; seguían conservando dulces de toda la vida, pero incorporaron otros nuevos que causaron sensación allá por los ochenta. Y los cambios no solo fueron en lo que a dulces se refiere, también al aspecto de la pastelería por dentro. Frente al pequeño mostrador de cristal que había a la izquierda del local, colocaron varias mesas con sillas y, desde entonces, la Pastelería Marquina se convirtió en el lugar perfecto para tomar café antes de que los niños salieran del colegio a las cinco de la tarde.

En esa década, José, el hijo de Pepe, conoció a Mercedes y, tres años después de iniciar una relación, se casaron.

Fruto de su amor, nacieron tres hijos: Jorge, Sonia y Carolina. Jorge, el mayor, es abogado y trabaja en un bufete de renombre. Sonia y Carolina trabajan desde hace varios años en la pastelería familiar. Al igual que su padre, han pasado la mayor parte de su vida rodeadas de hornos, dulces, tartas y galletas. Entrar al obrador es sentirse como en casa. El simple olor que desprende todo lo que allí se elabora, les encanta. Desde hace un par de años han incorporado a su extensa variedad de dulces y pasteles, los *cupcakes* que Sonia y Carolina elaboran a diario. Al principio su padre no estuvo muy de acuerdo, él siempre había preferido las magdalenas de toda la vida, pero dio su brazo a torcer de la misma forma que lo hizo su padre con él.

En la actualidad, junto a las galletas de mantequilla, los *cupcakes* de la pastelería Marquina son los mejores del barrio y, por qué no decirlo, de la ciudad.

2. Don José Márquez

O lo que es lo mismo, el abuelo Pepe. Levantó su negocio, como suele decirse, con sudor y sangre, consiguiendo que este fuera el mejor obrador de la ciudad. Ganó mucho dinero que invirtió en ir haciendo pequeñas reformas en la pastelería y también en comprar varias propiedades en un bloque que construyeron cerca del negocio familiar. Siempre fue un hombre que cuidaba de los suyos con uñas y dientes.

Como maestro pastelero, enseñó a su único hijo el oficio, dejándolo a cargo del obrador cuando se jubiló en los noventa.

Hace tres años falleció y, cuál fue la sorpresa de los suyos cuando, al abrir el testamento, descubrieron que les había dejado en herencia a los tres descendientes de su hijo, sus únicos nietos, un piso a cada uno.

Así que, desde entonces, los tres hermanos viven en el mismo edificio, pero en distintas plantas: Jorge en el primero, Carolina en el segundo y Sonia, con su hijo Martín, en el tercero. En cada rellano hay tres pisos que, con el paso de los años, han ido cambiando de propietarios y ahora la edad media de los que viven en el bloque está entre los veintisiete y los cuarenta años.

Desde que él falleció, la abuela de la familia se fue a vivir con su hijo y su nuera y, aunque al principio fue doloroso y muy duro, poco a poco volvió a su rutina; a sus paseos matutinos y a sus tardes sentadita en el banco con sus amistades mientras hablan de todo un poco.

Lo que está claro es que, para su familia, el abuelo Pepe fue un pilar muy importante en sus vidas, un hombre cariñoso, trabajador y humilde, a pesar de todo lo que consiguió. Para el resto de la gente, siempre será Don José Márquez, el maestro pastelero de la Pastelería Marquina, cosa que les llena de mucho orgullo y satisfacción.

3. El pequeño Martín

Cuando Sonia dijo que estaba embarazada, todos se volvieron locos. Bueno, todos menos el padre de la criatura que venía en camino.

—Lo siento, Sonia, pero no estoy preparado para ser padre.

—¿Perdona? Será una broma...

Pero no lo era. A sus treinta años y después de llevar siete compartiendo su vida con Sonia, Don Pimpón (así lo bautizaron desde que se fue) no estaba preparado para ser padre. Así que Sonia se quedó compuesta y sin novio, pero con barriga. Los primeros meses los pasó fatal, y no por las molestias que un embarazo pueda ocasionar, sino por el mal de amores que sentía.

—Así no puedes seguir, hija —repetía su madre una y otra vez.

—¿Y qué hago, mamá? Si el que yo pensaba que era el hombre de mi vida, ha salido corriendo en el momento en el que le he dicho que íbamos a ser padres.

El día que le dijeron que venía en camino un niño, la futura madre cambió por completo y se transformó en la mujer fuerte que es ahora, dispuesta a luchar sola para sacar a su hijo adelante. Martín nació hace dos años y es la alegría de la familia. El día que Sonia les dijo a sus hermanos que quería que ellos fueran los padrinos de su hijo, Carolina se hartó de llorar. Sin querer, hoy en día, ella también se siente, un poquito, madre de Martín.

—Hola —saludó el pequeño, con su media lengua, entrando en el piso de su tía.

—Hola, corazón de melón. ¿Qué tal la *guarda*?

El niño ni siquiera contestó, entrando directamente a una pequeña habitación donde había una caja llena de juguetes.

—Aquí te dejo todo lo necesario para esta noche —dijo Sonia soltando un bolso lleno de ropa, pañales y una decena de cosas más.

—Tú tranquila, que está en buenas manos.

—Ay, mi niño, dale un beso a mamá.

—Vete ya, pesada. Y disfruta de la noche.

Después de mucho tiempo, Sonia salía esa noche con unas amigas y el niño dormía con su tía y madrina.

—Si necesitas algo, me llamas.

—Necesito que salgas ya por esa puerta —dijo señalando la de entrada de su piso.

—Y si te hace falta algo que no te haya bajado, solo tienes que subir.

—Ya lo sé, Sonia. ¿Quieres hacer el favor de irte ya?

—Adiós, mi amor. Mami ya mismo viene. —Le dio varios besos en la cabeza, pero el niño ya estaba jugando con las construcciones y ni se percató de los besos de su madre.

Carolina bañó a su sobrino, le puso el pijama y le dio la cena. A la hora de dormir se dio cuenta de que, a pesar de haber echado de todo en el bolso, no se había acordado del chupete. Así que, con el niño en brazos, cogió las llaves del piso de su hermana y subió una planta. Cuando estaba metiendo la llave en la cerradura, una de las puertas del rellano se abrió.

—Hola.

—Buenas —contestó sin mirar, pero se giró al instante y sonrió como una tonta cuando vio que era Lucas el que había saludado.

—¿De niñera?

—Sí. Mi hermana ha salido y me toca quedarme con Martín.

—¡Choca esa mano! —le dijo al niño. Y este le golpeó la palma mientras sonreía divertido.

—Bueno, me marchó. Buenas noches.

—Buenas noches.

Durante unos segundos se quedó allí, de pie, sonriendo como una boba, con la mano aún en la llave, que seguía metida en la cerradura.

—*Tete*. —Martín la devolvió a la realidad.

Entraron al piso, cogieron el chupete de la cuna y volvieron abajo a tumbarse los dos en la cama para ver dibujos hasta quedarse dormidos.

Cual diana, el niño se despertó a las siete de la mañana.

—Venga, Martín, duerme un poquito más que es muy temprano y tengo mucho sueño —le dijo al niño, que se había sentado en la cama.

—*Bibi*.

—El biberón más tarde, ahora a dormir. —Lo tumbó de nuevo, pero a los dos segundos ya se había vuelto a sentar.

Carolina puso los ojos en blanco y suspiró. El niño se había despertado con las pilas bien cargadas y a ella aún le hacían falta varias horas para parecer una persona medio en condiciones. Antes de las siete y media estaban los dos sentados en el sofá con el canal de dibujos animados puesto. Tras la puerta de la calle escuchó risas y se levantó para cotillear. Por la mirilla vio a su hermana partida de la risa con Lucas, el vecino. Él llevaba los zapatos de tacón de Sonia en la mano y ella se apoyaba en su hombro, muerta de la risa.

—Ssshhh, no hagas ruido, vas a despertar a los vecinos.

—Hacía tanto que no salía... me lo he pasado en grande —contestó Sonia, hablando entrecortadamente por la risa.

—Yo también. No sabía que tenía una vecina tan marchosa.

—Ni yo me acordaba de lo que era una noche de juerga.

Los dos volvieron a reír, mientras continuaron subiendo las escaleras para dirigirse a la tercera planta, y Carolina volvió a sentarse en el sofá, esta vez de mala gana. Martín la miró con su chupete en la boca, ella lo cogió para espachurrarlo un poco, como tanto le gustaba hacerle, y el pequeño se dejó encantado. Poco después se dispuso a desayunar una buena taza de café con unas galletas, de las que Martín también comió. Pasaron la mañana entre juegos, dibujos y canciones, y Sonia se presentó en el piso de su hermana a la hora de comer.

—¡Chicos! ¡Hola! —dijo alzando la voz, entrando al piso con sus llaves.

—Estamos en la habitación de los juguetes —respondió Carolina.

—¿Y mi niño bonito? —Sonia se acercó a su pequeño, sentándose en el suelo a su lado.

—¡Mami!

—Mami ya está aquí, pequeño.

—¿Qué tal anoche?

—Brutal, Carol. Hacía muchísimo que no disfrutaba tanto.

—Me alegro.

—Cenamos en ese restaurante que abrieron hace poco y que ahora está tan de moda, y después nos fuimos a bailar a una discoteca. Resulta que allí me encontré con Lucas y unos amigos suyos y pasamos el resto de la noche juntos.

—Muy bien —dijo con la voz pequeña.

—Al salir del local nos fuimos directos a desayunar un buen chocolate con churros —siguió hablando Sonia, que no se percató del mal gesto de su hermana menor.

—Te habrás acostado a las tantas —dijo a sabiendas de la hora a la que había llegado.

—¡Casi a las ocho! Qué locura, ¿verdad?

—Bueno, un día es un día.

—Eso sí es verdad. Reconozco que me ha venido muy bien salir.

—Ya te lo decía yo... ¿Has comido?

—No. ¿Y vosotros?

—Martín sí, yo te estaba esperando.

—Genial. Comemos y te sigo contando.

Sonia inició así una verborrea incesante, explicando, con todo lujo de detalles, cómo había ido su noche de amigas, lo que había disfrutado y lo muchísimo que se había reído y bailado con Lucas. Carolina se sintió incómoda, pero ¿por qué?

4. Lucas

Durante algún tiempo, el piso de enfrente del de Sonia estuvo vacío porque los dueños se fueron a vivir a otra ciudad; pero desde hacía un par de meses, Lucas era el nuevo inquilino del tercero A.

—El vecino nuevo está buenísimo —informó Sonia a su hermana pequeña una mañana en el obrador.

—No será para tanto.

—Te lo digo en serio, hermana. Ese tío está para mojar pan.

Y la chica tenía toda la razón del mundo. Lucas era un chico que debía estar rondando los treinta, quizás tendría alguno más. Alto, moreno y con un físico espectacular (por lo menos, lo que se intuía sobre la ropa). El típico hombre que, si pasa por tu lado, te giras para mirarle bien, o, como diría Patricia, la mejor amiga de Carolina, un tío *follable*.

La primera vez que lo vio, se cruzaron en el portal.

—Buenos días —dijo Lucas con su perfecta sonrisa al abrirle la puerta. Él salía y Carolina entraba al edificio.

—Buenos días —contestó ella.

Subió las escaleras escribiéndole un WhatsApp a Patri para decirle que se había cruzado con un chico en el portal, seguramente el nuevo vecino, y que este estaba buenísimo.

—Está tremendo —le explicó a Patri mientras se tomaban unas cañas, días después.

—Siento curiosidad por verlo.

—Cuando lo veas vas a alucinar.

—A lo mejor mojo hasta las bragas.

Se carcajearon con ganas mientras varias personas sentadas en otras mesas las miraban, seguramente pensando que eran un par de locas.

Una mañana le preguntó por él a su hermana mientras preparaban *cupcakes*.

—Sonia, ¿tú sabes a qué se dedica Lucas?

—No lo sé, nunca le he preguntado. Pero con lo macizorro que está tiene pinta de ser bombero o policía.

—Uf... cómo me ponen los bomberos —soltó sin pensar.

—¡Atácale, Carol!

—¡Tú estás loca!

Pero a pesar de decirle eso a su hermana, en la intimidad de su habitación, había fantaseado con Lucas más de una vez. Él fue el primer chico que llamó su atención desde que Diego la dejó tras cuatro años de relación, y de ellos, dos de convivencia.

Desde que Lucas se instaló en el edificio, este solía tomarse un café todas las tardes en la pastelería y tenía locas a las chicas del mostrador.

—Carol, asómate un momento —dijo Virginia asomando la cabeza por la puerta del obrador.

—¿Qué pasa?

—Nada, tranquila, pero asómate.

Intrigada, asomó un poco la cabeza y le dio un vuelco el estómago al ver a Lucas tomando café tranquilamente mientras trasteaba en su *tablet*.

—Ese tío está buenísimo, jefa.

—Virginia, un respeto a los clientes —dijo intentando parecer una persona decente y ocultando que el que decían que estaba buenísimo era su vecino.

—Si yo lo respeto, pero no me dirás que no está tremendo.

—¡Vir!

La chica se echó a reír y Carolina volvió al trabajo sonriendo y pensando que, realmente, Virginia tenía razón. Lucas era un hombre muy atractivo y era normal que llamase tanto la atención.

Un par de días después del primer encuentro, volvieron a coincidir en el portal, esta vez entraban los dos.

—Hola —dijo él sonriendo y abriendo la puerta.

—Hola. —Carol sonrió.

Empezaron a subir el primer tramo de escaleras en silencio.

—¿Vives aquí? —preguntó Lucas rompiendo el silencio.

—Sí, en el segundo.

—Yo me acabo de instalar en el tercero. Soy Lucas.

Los dos, parados en el primer rellano, se saludaron con dos besos escuetos, pero que hicieron que ella se pusiera colorada y pudiese oler la colonia que él llevaba.

—Carolina. Encantada.

—Te pareces a la vecina de la puerta de enfrente —dijo mientras continuaban subiendo.

—Es Sonia, mi hermana.

—¿Ves?, ya decía yo... —Sonrió, haciendo que Carol también lo hiciera.

Llegaron al segundo piso, de nuevo en silencio.

—Bueno, yo me quedo aquí. Vivo en el segundo A.

—Yo estoy justo en el piso de arriba, pero tranquila, no soy de los que hacen ruido.

—Me alegra saberlo.

Los dos sonrieron y se quedaron unos segundos quietos, mirándose.

—Bueno, sigo subiendo.

—Muy bien, hasta otra.

—Encantado de conocerte, Carolina —dijo él cuando ya había subido tres escalones.

En ese momento, su nombre, en la boca de Lucas, le pareció de lo más erótico y sensual. Durante las últimas semanas se cruzaron en varias ocasiones por las escaleras, pero no pasaron de una conversación corta y cordial entre vecinos.

5. Hermanas

Sonia y Carolina siempre han estado muy unidas. A lo mejor es porque son chicas, o porque Jorge siempre fue muy independiente y, al ser el mayor de los tres hermanos, voló del nido el primero, a temprana edad, quedándose en casa de sus padres las dos solas.

Las hermanas salieron muchas veces juntas y se tapaban la una a la otra cuando no querían que sus padres se enterasen de algo.

Carolina siempre pensó que “Don Pimpón” era el hombre perfecto para su hermana. Nunca podría haber imaginado lo que hizo al enterarse de que iba a ser padre, no parecía propio de él. Si hubiesen sido solo unos adolescentes sin trabajo y sin ningún tipo de estabilidad, otro gallo hubiera cantado. Pero ellos, a sus veintiocho y treinta años, los dos trabajando y viviendo juntos desde hacía tres, tenían el ambiente idóneo para formar una familia.

En todo momento estuvo al lado de Sonia cuando esta se quedó sola. La consoló, la animó y también lloraron juntas. Su hermana no se merecía pasar por lo que estaba pasando por culpa de un tío insensato y miedica, que huyó a la primera de cambio.

—Todo esto pasará.

—¿Cuándo, Carol? No te imaginas lo mucho que duele.

—Tienes razón, pero tienes que ser fuerte y luchar por ese bebé que viene en camino y no tiene culpa de tener un padre tan cabro... perdón.

—Cabronazo, puedes decirlo sin problemas.

—Pues eso. Será un niño o una niña muy querido. De hecho, ya le queremos.

—Pero crecerá sin padre.

—Y ni falta que le hace.

—Ya...

Sonia no estaba muy convencida de aquello. Ella siempre quiso formar una familia y no pensó que se iba a quedar compuesta, sin novio y con bombo.

El culmen de su relación de hermanas fue cuando presenció el parto de su sobrino. Dicen que mantener relaciones sexuales es lo más íntimo que una persona puede compartir con otra, pero Carolina no está de acuerdo desde entonces. Siente que lo más íntimo que una mujer puede dar, es el momento de su parto. Esas horas de espera, los dolores, el cansancio y los altibajos, rodeada por personal sanitario que no te conoce, hace que necesites al lado a alguien que pertenezca a tu vida, y su hermana la eligió a ella. Ver nacer a Martín fue una experiencia única. Ver a su hermana empujar con esa valentía y tranquilidad, sin gritos ni llantos como se ve en las películas, hizo que se sintiera muy orgullosa de ella como hermana, como amiga y, sobre todo, como mujer.

Cuando, un tiempo después, Diego decidió hacer las maletas e irse de casa, Sonia estuvo a su lado en todo momento, de igual forma que lo estuvo Carolina cuando ella pasó por ese duro proceso.

—Ahora sí sé lo que duele que te abandonen —le dijo Carol a su hermana.

—Ojalá no lo hubieras sabido nunca. —Sonia acariciaba el pelo de su hermana mientras esta sorbía los mocos sin parar.

—¿Por qué todos los hombres son tan cagados?

—Todos no, hermana. Pero hemos tenido la mala suerte de que nos tocaron los dos más capullos a nosotras.

—Pues menudo plan...

En el trabajo siempre se han compenetrado a la perfección y se han puesto de acuerdo para tomar cualquier decisión. Su padre siempre les dice que eso lo hace sentir muy orgulloso. Está claro que todo no es un camino de rosas, que tienen diferencias y que de vez en cuando discuten, pero nada que al rato no solucionen con un abrazo.

Desde que Sonia se incorporó a trabajar después de nacer Martín, intentaron hacer turnos entre ellas para que la hermana mayor pudiera estar todo el tiempo posible con su hijo. Algunas semanas Sonia entra bien temprano al obrador y Carolina se sube al piso de su hermana para estar con el pequeño hasta que llega la hora de levantarlo y prepararlo para ir a la guardería. Otras veces le toca ir por las tardes y, de nuevo, tía Carol se queda con Martín, encantada de la vida. Otras es la madre de ellas la que quiere llevarse al niño a su piso o al parque.

Qué suerte la suya de tener una hermana como Sonia, que no es solo su hermana, además es su amiga y su confidente.

6. Primer encuentro a solas

Después de estar un buen rato en el parque con Martín, tía y sobrino volvieron a casa para bañar y darle de cenar al pequeño, en lo que Sonia llegaba de la pastelería. Mientras subían las escaleras, se encontraron a Lucas, que bajaba con una bolsa de deporte al hombro.

—Buenas, chicos.

—Hola, Lucas.

—Hola, campeón, ¡choca! —Como siempre, el niño chocó su palma con la de él—. ¿Ya vais de recogida?

—Sí, a Martín le toca baño y cena, que mañana hay que madrugar para ir a la *guardie*.

—Yo me voy a entrenar un poco, para no oxidarme.

—¡Cómo te vas a oxidar tú!

¿Eso lo acababa de decir ella? Lucas rió con ganas y Carolina no pudo hacer otra cosa que sonreír, muerta de la vergüenza.

—Los años no perdonan y hay que cuidarse.

—Eso sí es verdad... Bueno, te dejamos que te vayas o llegarás tarde.

—¡Hasta otra! —Bajó las escaleras con rapidez mientras ella se quedó embobada con su culo. Bajo ese pantalón de deporte gris, se le marcaba que era un lujo para la vista.

Sonia llegó a su piso cuando Martín ya estaba cenando en su trona.

—Mami ya está aquí, así que la tía se marcha ya —le dijo a su sobrino—. Hasta mañana, corazón de melón.

Le dio varios besos seguidos y él intentó apartarla con las manos llenas de tortilla, llenando la cara de su tía.

—¿Qué tal se ha portado esta tarde?

—*Mien* —contestó el niño con su lengua de trapo, haciendo sonreír a las hermanas.

—Se ha portado bien, aunque ha tenido un momento de rabieta y la tía Carol ha estado a punto de enfadarse con Martín, ¿verdad?

El niño se hizo el loco y siguió manoseando un trozo de tortilla. ¡Sabía demasiado! Hablaron entre ellas unos minutos más y Carolina se despidió de ellos. Al cerrar la puerta del piso, Lucas subía los últimos escalones para llegar al rellano.

—¡Hola! —saludó buscando algo en el bolsillo de la bolsa de deporte.

—Hola, ¿ya de vuelta?

—Sí, hoy estoy muy cansado y no me apetecía quedarme mucho rato.

Sacó las llaves de su piso, pero los dos siguieron sin moverse.

—Yo bajo ya a mi piso —dijo dando unos pasos.

—Carolina... —Cómo le ponía cada vez que este decía su nombre. Se giró para mirarle—. ¿Te apetece una copa de vino?

—Eh... pues... si eso otro día. Ahora tengo prisa.

—Pero si me has dicho que te ibas a tu piso. Venga, no me rechaces una copa. —Lucas puso morritos haciendo un puchero y ella terminó riéndose.

—Está bien, pero una nada más.

Lucas sonrió y abrió la puerta, haciendo un gesto con el brazo para que ella pasara primero.

—Ponte cómoda, voy a preparar las copas.

No tardó ni dos minutos en volver al salón con las copas de vino blanco, pero en ese poco rato le había dado tiempo de echarle un vistazo rápido a todo lo que tenía por allí: una televisión enorme, un par de objetos de decoración y varios marcos con fotos familiares.

—Esos son mis padres, mi hermana y yo —dijo dándole la copa.

—Gracias. —Le dio un sorbo—. Parecéis muy unidos.

—La verdad es que sí, somos muy familiares. Me imagino que igual que vuestra familia.

—Sí que lo somos. Trabajar juntos no es sencillo, pero me encanta.

Lucas puso un poco de música antes de acomodarse los dos en el sofá. Esa situación ponía nerviosa a Carolina. Los dos solos, en su piso, con una copa de vino... cientos de cosas se le pasaban por la cabeza, y ninguna decente.

—Cuéntame algo de tu vida, porque a pesar de lo que hablamos, no sé nada de ti.

—No tengo mucho que contar, la verdad. Soy una chica sencilla a la que le encanta la repostería, y cuando no estoy trabajando cuido de Martín o salgo con mis amigas. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesor...

—¿Profesor? —La cara de asombro que puso llamó la atención de Lucas.

—Sí, ¿por qué te sorprende tanto?

Tierra trágame, pensó Carol. Con la expresión de su cara lo había dicho todo.

—No tienes pinta de profesor.

—¿Y qué pinta se supone que tiene un profesor?

—Esto... no sé...

—Soy profesor de Matemáticas en un colegio cerca de aquí.

—¿En el San Carlos?

—El mismo.

—Allí estudiamos mis hermanos y yo, pero nuestro profesor de *mates* no tenía nada que ver contigo.

—¿A qué te refieres?

De nuevo una metedura de pata. A él parecía divertirle la situación, porque le preguntaba con una sonrisa de medio lado que la estaba poniendo a mil.

—A que mi profesor de matemáticas era un cardo borriquero, más antipático que ninguno.

¿No quería respuesta? Pues toma.

—¿Y yo no lo soy?

—A la vista está que eres un chico resultón y nada antipático...

—¿Te parezco resultón?

—¿Siempre haces tantas preguntas?

Lucas se carcajeó con ganas y ella le dio un buen sorbo a su copa de vino blanco, terminándosela.

—Será mejor que me marche antes de que sea más tarde.

—¿Ya te vas? ¿No estás a gusto?

—Sí, claro que lo estoy. Pero tengo que irme ya, de verdad.

Poniéndose de pie, dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias por el vino.

—De nada. Espero que la próxima visita sea más larga.

Lo único que hizo Carolina fue sonreír, bajar las escaleras a toda prisa y meterse rápido en su

piso para que Lucas no viera lo colorada que se había puesto.

Una vez metida en la cama, pensó en lo que le había dicho su vecino cuando se iba: “La próxima visita”.

¿Significaría eso que le apetecía repetir? A ella, desde luego, le encantaría.

7. Oh, Carol

El viernes por la tarde, de nuevo, se quedó con su sobrino Martín mientras su hermana trabajaba en la pastelería.

—Venga, peque. Tú y yo nos vamos a comprar.

Le puso una fina chaqueta y salieron de casa directos al centro comercial. Allí cogieron un carro y Martín celebró que iba sentado en el pequeño asiento delantero. Tras un rato haciendo la compra, se encontraron con Lucas en uno de los pasillos, también con un carro lleno.

—Hola, chicos.

—¿Qué tal, Lucas?

—Aquí, llenando la nevera, que la tengo que da pena. Choca, campeón.

Martín golpeó su mano y le enseñó el broche con el que se engancha un carro con otro.

—¿Eso qué es? —Le preguntó al niño.

—Caca —contestó Martín.

—Veo que tu tía te lo ha dejado claro. —La miró sonriendo y ella le devolvió la sonrisa—. Sí que es caca, no te lo metas en la boca, ¿eh?

—No —respondió el niño mientras negaba a la vez con la cabeza.

—Lleváis el carro muy lleno, ¿ya habéis terminado con la compra?

—Sí, nos dirigíamos a la caja.

—Entonces vamos juntos, yo también he terminado.

Una vez pagaron, se volvieron a encontrar en el pasillo exterior del supermercado.

—Bueno, Lucas, nosotros nos vamos ya. Hasta luego.

—Hasta otra.

No llevaba más de cinco metros caminados, cuando Lucas la llamó:

—¡Carolina!

Esta se paró en seco y, girándose, lo vio venir con su carro, poniéndose a su altura.

—Estoy pensando que como ya es tarde, el niño tendrá hambre... y bueno... podríamos cenar algo por aquí, los tres.

—¿Tú qué dices, corazón de melón? —Martín miró divertido a su tía—. ¿Nos quedamos a cenar aquí?

—¡Sí! —dijo dando palmas, haciendo reír a los adultos.

—Perfecto, ¿dónde os apetece ir? Invito yo.

Antes de cenar, bajaron al *parking* y guardaron las compras en los coches. Una vez juntos de nuevo, Lucas montó a Martín en sus hombros y el niño se divirtió de lo lindo mientras ellos dos hablaban distendidamente. La cena se hizo amena y divertida, tanto, que ni siquiera se dieron cuenta de la hora que era. El teléfono de Carolina sonó en su bolso y al ver que era Sonia la que llamaba, cayó en la cuenta de lo tarde que era.

—Hola, hermana.

—Hola, Carol, ¿dónde estáis? He llegado a casa y me ha extrañado que no estuvierais aquí. ¿Ha pasado algo?

—Tranquila, estamos comprando en el centro comercial.

—¿Todavía? Si me mandaste el mensaje a las seis.

—Es que nos hemos encontrado con Lucas y ya nos hemos quedado a cenar.

—¿Estás cenando con el vecino buenorro?

—Sí.

—¡No me lo creo! —dijo al otro lado de la línea mientras se partía de risa.

—Pues sí. —Carol sonreía, roja como un tomate—. Ya hemos cenado, así que ahora volvemos a casa.

—Oye, no tengáis prisa, que mañana es sábado y Martín no madruga.

—No te preocupes, ya vamos para allá.

Colgó sin darle opción a su hermana a que contestara.

—¿Se acabó lo bueno? —preguntó Lucas.

—Se acabó, nos tenemos que ir. El señor Martín tiene que darse un baño y dormir, y ya se está haciendo tarde.

—No. —Estaba claro que al niño le pasaba como a su tía, no quería irse.

—¿Cómo que no? Claro que sí, caballero. Usted y yo volvemos a casa, que mamá te está esperando allí.

—¡Mami!

—Sí, mami. Así que venga, nos vamos.

Lucas los invitó a cenar y los acompañó hasta el coche.

—Bueno, vecina, ahora nos vemos.

Un rato después, una vez en el portal, Carolina picó al timbre de su hermana y esta les abrió enseguida. La oyeron bajar a toda prisa y abrazó y besó a Martín con ganas.

—He tenido que dar varias vueltas para aparcar, qué coñazo de aparcamiento.

Martín iba el primero subiendo los escalones de uno en uno, y ellas detrás cargadas con las bolsas, cuando apareció Lucas bajando por el primer piso.

—¿Ya has llegado? —preguntó Carol.

—Y ya tengo la compra guardada.

—Qué rapidez.

—Lo bueno de tener plaza de *parking* es la facilidad con la que uno aparca.

—Eso es cierto.

—Venga, que os ayudo.

Este cogió las bolsas que llevaba Sonia en las manos y subió veloz hacia la segunda planta. Entre ellas compartieron el resto de bolsas y siguieron subiendo tras el niño, pero Lucas bajó de nuevo y lo cogió, montándolo en sus hombros al igual que lo hizo por la tarde, y este gritó y rio con ganas.

—Gracias por ayudarnos. —Carol sacó las llaves de su bolso.

—No me las des, no me cuesta nada.

Lucas esperó fuera en lo que las dos hermanas metían la compra en el piso de Carolina.

—Dale un beso a la tía Carol, que ya es tarde y hay que dormir —le explicó Sonia a su hijo.

Martín le echó los brazos y ella lo cogió para achucharlo fuerte.

—Venga, que subo contigo hasta tu casa y luego bajo —dijo sin poder resistirse a los mimos de ese pequeñajo.

Subieron los cuatro hasta el tercero y esperaron a que Sonia abriera la puerta.

—Buenas noches, corazón de melón. Te quiero —le dijo dándole un beso en la frente.

—Hasta mañana —contestó Sonia cogiendo al niño en brazos—. Y gracias a los dos por cuidar de mi niño.

—Qué tonta eres —contestó a su hermana.

—Ha sido todo un placer —dijo Lucas.

—Buenas noches, chicos.

—Buenas noches —respondieron Carolina y Lucas a la vez.

Sonia cerró la puerta y los dos se dirigieron a la puerta del piso de Lucas.

—Me lo he pasado muy bien esta tarde —confesó Carolina.

—Y yo también.

Lucas se acercó a ella e inesperadamente le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Carol...

—Buenas noches, Lucas...

Ninguno de los dos se movió. Se miraron a los ojos sin saber muy bien qué hacer ni qué decir.

—Esto... ¿te apetece entrar y tomar algo? —Se atrevió a preguntar Lucas.

Carolina asintió con la cabeza y sonrió. Entraron en el piso en silencio y hasta que no pasaron unos segundos, no hablaron.

—¿Vino, o algo más fuerte?

—Vino no me apetece.

—¿Un *gin-tonic*, mejor?

—Perfecto.

Se dirigió a la cocina y ella lo siguió.

—Qué recogido y limpio lo tienes todo.

—Que sea un tío y viva solo no significa que lo tenga todo hecho una pocilga.

—No he querido decir eso.

—Lo sé, no te preocupes. Me gusta el orden.

Lucas preparó los combinados y poco después conversaban tranquilamente sentados en el sofá. Estaban tan a gusto que no se dieron cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo y cuando Carolina vio su copa vacía, miró el reloj y vio que había pasado más de una hora.

—Es muy tarde, tengo que irme. Mañana me quedo con Martín y tengo que estar en el piso de mi hermana antes de que ella se vaya al obrador.

—He disfrutado mucho esta tarde con vosotros.

—Y yo, han sido una tarde y una noche muy entretenidas.

Lucas se incorporó un poco en el sofá y acercó su cuerpo al de ella, que se revolucionó por dentro como un coche de carreras cuando le dan el pistoletazo de salida. En sus ojos vio el deseo, pero también las dudas y, a pesar de que estaba deseando que él la besara, sintió unos nervios tremendos. Lucas acercó su cara a la de ella y Carolina cerró los ojos, esperando un beso. Un beso que llegó despacio, casto y tierno.

—Oh, Carol... —dijo Lucas al separar sus bocas unos milímetros.

Acarició los labios de Carol con la yema de sus dedos.

—Tengo que irme, Lucas, buenas noches.

A pesar de que esperaba ese beso con muchas ganas, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Levantándose del sofá y cogiendo su bolso, salió disparada escaleras abajo.

¿Por qué huía de algo que en realidad le había gustado y quería que pasara?

«¡No me lo puedo creer!», pensó al entrar en su piso.

La había besado el vecino buenorro y lo único que había hecho era salir corriendo.

«Seguro que piensa que soy una niñata», pensó ya metida en la cama.

Pero Carolina no quería permitirse el lujo de que le gustara un chico, y mucho menos enamorarse de nuevo para que más tarde le rompieran el corazón, como lo hizo Diego hacía unos

meses. Así que pensó que sería mejor que se olvidara de lo que acababa de pasar y tener una relación cordial de vecinos con Lucas. Nada más.

8. ¡De party!

Dos semanas después de aquel beso, Carolina seguía evitando a su vecino.

—¿Ha pasado algo con Lucas? —preguntó Sonia a su hermana.

—Nada, ¿qué va a pasar?

—No sé, pero me da la sensación de que le esquivas.

No era su sensación, era así, pero Carolina no pensaba reconocerlo. Aquel beso en el piso de su vecino la desarmó por completo, haciendo que pensara en él, prácticamente, durante todas las horas del día.

—¿Pero te gusta? —preguntó Patri cuando le contó su amiga lo sucedido.

—¡No!

—¿Entonces para qué evitas cruzarte o hablar con él?

—No quiero que vuelva a pasar lo de la otra noche.

—¿Segura?

Las dos rieron y durante un rato charlaron mientras tomaban unas cañas.

—¿Dónde vamos esta noche?

—Hemos pensado ir a Friends —dijo Patricia.

Friends era una discoteca con tres salas, cada una con un ambiente distinto. Se inauguró en la época en la que la serie de televisión que lleva el mismo nombre estaba en su mejor momento y era archiconocida a nivel mundial. Seguramente por eso, su dueño le puso ese nombre al local.

—Genial, me apetece mucho una buena noche de baile.

A las diez de la noche, Carolina y sus amigas cenaban animadamente y, algo más de dos horas después, entraban en la discoteca dispuestas a pasar una noche entretenida sin parar de bailar. Los *gin-tonics* corrían como la espuma y sus cuerpos se movían en la sala de ritmos latinos.

—Acompáñame a fumarme un cigarro —pidió Patricia a su amiga.

—Vale, pero volvemos rápido.

Las dos amigas hablaban en la terraza de la discoteca cuando una voz a su espalda hizo que diera un respingo.

—Hola, vecina.

Su cuerpo y su mente se paralizaron al ver a Lucas a pocos centímetros de ella. Como vio que no reaccionaba, Patri le dio un pequeño codazo y Lucas sonrió de medio lado, haciendo que a Carolina se le desbocara aún más el corazón.

—Hola, vecino.

Este se acercó y le dio dos besos.

—Te espero dentro, Carol.

Patricia volvió a la sala, dejándola allí, sola frente al hombre que tan nerviosa la ponía.

—¿Disfrutando de la noche?

—Sí, he venido con unas amigas.

—Muy bien. Yo he venido con unos compañeros de trabajo, pero he salido a tomar un poco el aire. La sala de *techno* está hasta los topes y ya estaba un poco agobiado.

—Nosotras estamos en la de ritmos latinos.

—¿Te gusta bailar ese tipo de música? No sé por qué, pero no te imagino.

—¿Por qué?

—Pareces tímida para bailar ese estilo, aunque en realidad no te conozco para saber cómo eres realmente...

Aquella afirmación la molestó y, despidiéndose con rapidez, volvió a la sala junto a sus amigas. Un rato después, mientras movía las caderas al ritmo de una canción, notó un cuerpo muy cerca del suyo. Al volver la cabeza, vio que era Lucas, que bailaba mientras la miraba intensamente. Se movía a la perfección al son de la música y en ese momento, Carolina sintió que su entrepierna palpitaba. Ese hombre conseguía ponerla a cien con tan solo una mirada.

—¿Bailas conmigo? —preguntó Lucas.

Aunque Carolina dudó unos segundos, terminó asintiendo y él cogió su mano para acercarla a su cuerpo. ¿Qué podía pasar por bailar un par de minutos con él? Sus amigas contemplaban la escena mientras cuchicheaban entre ellas. Pero, en ese momento, Carolina estaba sumergida en una nube en la que todo su alrededor desapareció y donde solo estaban ella y Lucas bailando pegados, muy pegados... Tantos días intentando evitarlo, para terminar bailando así de juntos.

—Sí que bailas bien, sí.

—Nunca subestimes a una mujer —dijo ella con seguridad, sin dejar de moverse.

Carolina dejó la vergüenza a un lado y sacó sus armas de seducción, moviendo su cuerpo de la forma más sensual posible. Lucas tenía las manos en las caderas de ella, pero decidió que quería sentirla aún más cerca y, con movimientos lentos, las deslizó hacia la espalda, haciendo que sus cuerpos terminaran completamente pegados, sin la posibilidad de que pasara entre ellos una brizna de aire. Se miraban a los ojos en todo momento sin dejar de moverse. Lucas metió su pierna derecha entre las de ella y, bajando una mano hacia donde la espalda pierde su nombre, la pegó a él todo lo que pudo.

—Lucas...

—Me vuelves loco, Carolina... —susurró en su oído.

Sentir aquellas palabras en la boca de Lucas hizo que lo mirara con sorpresa. Pero él no la dejó decir nada y, sin más, la besó. Un beso lento pero tórrido en el que su cuerpo se tensó, pero a la vez le pedía más. Cuando sus labios se separaron, su vecino volvió a hablar:

—Llevas evitándome más de dos semanas y he de confesarte que no aguantaba más no tenerte cerca y hablar contigo.

—Lo que pasó la otra noche en tu piso...

—Fue mucho menos de lo que acaba de pasar ahora mismo —la interrumpió—. ¿No te gustó? ¿Por eso me evitas?

—Claro que me gustó.

—¿Entonces?

Carolina no contestó.

—Lo siento, chico, pero está con nosotras.

Patricia la rescató en aquel momento y se la llevó junto a ella para seguir moviendo el cuerpo.

—¡Que corra el aire! —soltó divertida su amiga, y todos se echaron a reír.

Cuando aquella noche se metió en la cama, tocó sus labios con la yema de sus dedos a la vez que recordaba el beso que le había dado Lucas.

La noche siguiente volvió a salir con las chicas, de nuevo cenaron juntas en un bar de moda, pero a diferencia de la anterior, esa noche se tomaron un par de botellas de vino blanco entre las cuatro, haciendo que Carolina saliera algo *contentilla* del local. Volvieron a ir a Friends y,

mientras disfrutaban de Rita Ora en la sala *techno*, alguien la asaltó por detrás.

—¿Otra vez tú por aquí? —dijo Lucas con una gran sonrisa.

—Holaaaaa, vecinooooo —contestó plantándole un beso en todos los morros.

Sin duda, el vino de la cena y las dos copas que ya se había tomado, habían hecho efecto. No estaba borracha, pero sí mucho más desinhibida.

—¿Y ese beso? —Lucas se quedó descolocado.

—¿No puedo darle un beso a mi vecino favorito?

—¿Soy tu vecino favorito? —Sonrió de medio lado a la vez que acercaba su cuerpo al de ella.

—Mi segundo vecino favorito, perdona.

Lucas levantó una ceja y la miró con curiosidad.

—¿Y se puede saber quién es el primero?

—Martín. —Carolina le guiñó el ojo y Lucas soltó una carcajada.

—No tengo nada que hacer frente a ese pequeñajo, así que me conformo con ser el segundo. — Levantó las manos en señal de rendición.

Durante un rato estuvieron bailando en esa sala, hasta que sus amigas decidieron ir a la de ritmos latinos.

—Carol, vamos a la otra sala, ¿vienes? —preguntó Patricia a su amiga en el oído.

—Sí, id tirando, ahora os alcanzo.

—¿Te vas? —preguntó Lucas con el semblante serio.

—Sí, pero no muy lejos, a la otra sala.

Con una sonrisa de oreja a oreja, este la cogió por la cintura y la besó con ímpetu. Carolina se dejó hacer y aceptó el beso que le daba, siendo aquella la primera vez que se sentía totalmente relajada con él. ¿Para qué evitar algo que estaba deseando hacer? No tenía ningún sentido. Lo mejor era dejarse llevar.

Carolina bailó con sus amigas durante un buen rato, rio y bebió, disfrutando de la música, de los bailes y de la compañía. Era casi la hora de cerrar cuando Lucas se acercó a ella. Llevaba un rato buscándola por la sala.

—¿Qué te parece si nos vamos juntos? —le propuso después de un par de bailes bien pegados que hicieron subir la temperatura corporal de ambos.

Sin hablar, Carolina cogió su mano y, despidiéndose rápidamente de sus amigas, salió de la discoteca con Lucas. Se montaron en un taxi que los dejó en la puerta del edificio donde vivían los dos y, una vez cerrada la puerta de abajo, una oleada de besos cargados de deseo se apoderó de ellos. Besaban, mordían y lamían sus bocas con desespero mientras subían las escaleras a trompicones. Carolina rebuscaba en su bolso las llaves mientras Lucas no le quitaba las manos de encima, recorriendo su cuerpo con lascivia. Una vez dentro del piso de ella, se dejaron llevar por la pasión. Se quitaron la ropa con prisas, quedando los dos completamente desnudos. Lucas se abalanzó sobre ella y, dándole la vuelta, la empotró contra la puerta. Con las manos apoyadas en la entrada del piso, se dejaba hacer mientras él besaba su cuello y mordisqueaba su hombro. Dejando un reguero de besos por su espalda, Lucas terminó de rodillas, teniendo frente a su cara el redondo trasero de su vecina, que tan cachondo le ponía. Masajeó sus nalgas, las besó y las abrió para recorrer con la punta de su lengua los labios de su sexo. Saboreó sus flujos de placer cual sediento saborea unas gotas de agua. Disfrutó recorriendo su centro del gozo para después pasar un dedo por su hendidura hasta introducirlo en su vagina.

—Ah... —gimió Carolina.

—Me vuelve loco lo mojada que estás.

Carolina no contestó y notó cómo se le subían los colores al oír lo que le había dicho Lucas. Tenía toda la razón, estaba mojadísima y todo lo provocaba él. Estaba tan excitada, que le introducía sus dedos con absoluta facilidad; primero uno, después dos.

Lucas se incorporó con rapidez y, sin ella darse cuenta, se había puesto un preservativo y estaba a punto de penetrarla desde atrás, contra la puerta. Cuando sintió entrar la punta de su mástil, creyó que se iba a desmayar. El goce que sentía era tal, que se inclinó para facilitarle la penetración. Lucas entendió su movimiento y, sin más espera, se hundió todo lo que pudo, haciendo que un gemido gutural saliera de sus gargantas. Salió de nuevo y volvió a penetrarla, al principio lentamente y luego de golpe. Con las manos de Lucas en la cintura de ella, y las de Carolina pegadas a la puerta, este bombeaba una y otra vez, notando cómo las paredes de la vagina se contraían con sus embestidas, lo que hacía que la sangre de los dos corriera enardecida por sus venas. Disfrutaron del sexo durante varios minutos, hasta que, dejándose llevar, un orgasmo explotó en sus cuerpos y se dejaron caer al suelo, totalmente extasiados. Estuvieron varios minutos en silencio, hasta que sus respiraciones volvieron a ser lentas.

—Carolina...

—¿Uhm? —logró decir, aún con los ojos cerrados.

—Me encantas.

Sonrió sin contestar. A ella también le encantaba él y la escena de sexo que acababa de vivir había sido mucho mejor de lo que ella había imaginado muchas noches, en la soledad de su habitación, mientras metía su mano bajo sus braguitas y se tocaba pensando en él.

9. Como conejos

Las dos semanas siguientes las pasaron revolcándose cada vez que tenían ocasión. En el piso de ella, en el de él, o en el *parking* donde Lucas guardaba el coche. Lo hacían a escondidas, no querían que nadie los viera. Más bien era Carolina la que no quería, porque a Lucas no le importaba que los vieran juntos, siempre podían decir que habían quedado para tomar algo como vecinos y amigos, pero Carol no daba su brazo a torcer. Nadie podía saberlo y menos aún Sonia, que vivía justo enfrente de Lucas. Cada vez que Carolina salía de su piso, lo hacía a hurtadillas, muy en silencio y rezando para que su hermana no se enterara de nada.

Una tarde, tras uno de sus encuentros, Lucas acariciaba el brazo de Carolina mientras esta apoyaba la cabeza en su pecho.

—Carolina. —A él le encantaba llamarla por su nombre completo.

—Dime.

—¿Te apetece cenar este sábado?

Tardó unos segundos en contestar. Los mismos en los que pensó que, a pesar de haberse acostado juntos, no habían tenido ni una sola cita.

—Me encantaría.

Los dos sonrieron en silencio. Lucas besó su cabeza y ella lo abrazó, pasando el brazo por el abdomen terso de él.

—Pero no podemos volver muy tarde.

—¿Por qué?

—El domingo tengo que quedarme con Martín, mi hermana entra temprano en el obrador.

—No te preocupes, prometo dejarte pronto en casa.

Los dos soltaron una carcajada.

—Será mejor que me marche —dijo ella levantándose de la cama y buscando su ropa, que yacía esparcida por el suelo de la habitación.

—Quédate un poco más... —Aquello pareció un auténtico ruego, pero a Lucas no le importó.

—En otra ocasión.

Carolina sonrió y besó sus labios dulcemente. Aunque se moría de ganas de quedarse, era mejor que se marchara a su piso. Se despidieron en la puerta con un leve beso, insonoro, y cuando Lucas cerró y ella había bajado tan solo tres escalones, Sonia abrió la puerta con Martín en brazos.

—¿Carol?

Un calor intenso la recorrió de pies a cabeza. ¡Mierda!

—Eh... Hola.

—¿Bajas? —preguntó su hermana, algo descolocada.

—No, que va. Estaba subiendo, venía a veros.

Sonia no terminó de creerla, pero no dijo nada en ese momento.

—Nosotros íbamos a verte a ti.

—Anda, pues mira que bien. Entremos entonces en tu piso —dijo nerviosa.

—¿Estás bien? —preguntó Sonia viendo a su hermana algo alterada.

—Perfectamente, ¿por qué?

—Te noto rara, tienes algo en la cara... no sé... distinto.

Carolina se tocó la cara y su hermana soltó una carcajada.

—Definitivamente, estás rara.

¡Si Sonia supiera! Le dolía no contarle la verdad a su hermana, pero prefirió llevar todo lo de Lucas en secreto. Solo Patricia sabía lo que pasaba y esta animaba a su amiga a que se hartara de follar (palabras textuales).

El sábado por la noche, a las nueve en punto, se encontraron en la puerta de un famoso local que siempre estaba abarrotado de gente.

—Cuéntame, ¿qué tal te va dando clases en el San Carlos? —se interesó Carolina.

—La verdad es que estoy muy a gusto. Los compañeros me recibieron muy bien y me he adaptado rápido.

—¿Es tu plaza fija?

—¡Más quisiera! Voy dando tumbos de una ciudad a otra, donde me dan plaza cada curso. Algunos cursos los he echado enteros, otro he ido varios meses, e incluso una vez me llamaron para trabajar tan solo diez días y me fui a trescientos kilómetros de casa, durmiendo en una pensión de mala muerte porque nadie alquilaba un piso para tan poco tiempo.

—¡Qué fuerte me parece! La administración funciona como el culo, ¿no?

—No te lo puedes ni imaginar.

Carolina bebía de su copa, pensando que a lo mejor, en unos meses, Lucas era destinado a otra ciudad para dar clases en otro colegio y ya no volverían a verse. Y pensar en eso le dolió, ese chico la estaba calando hondo, más de lo que ella creía.

—Dejemos de hablar de lo jodidamente mal que funciona la administración pública de este país y mejor hálame de ti. ¿Siempre quisiste ser repostera?

—Yo creo que ya lo llevaba dentro de mí sin saberlo. Me crié entre los hornos y los dulces que mi abuelo y mi padre preparaban y me encantaba verlos trabajar en el obrador. Me dejaban preparar de vez en cuando alguna masa y hacía magdalenas que luego les daba a probar a mi familia en casa.

—Qué bonito.

—La verdad es que sí, disfruto mucho en mi trabajo.

Después de cenar decidieron ir dando un paseo hasta su casa. La media hora que tuvieron de camino se les pasó volando. Mientras hablaba uno y otro, contándose cosas de sus vidas, iban conociéndose sin darse apenas cuenta.

—Llegamos —dijo Lucas antes de abrir la puerta del edificio.

—Pues sí... Me lo he pasado genial.

Carolina notó que sus mejillas se sonrojaban, no sabía muy bien qué iba a pasar. A pesar de que durante los días anteriores habían estado fornicando como conejos, era la primera vez que salían como amigos y, ahora que lo conocía mejor, más le gustaba.

10. In fragantti

Mientras Carolina pensaba en cientos de cosas en tan solo unos segundos, Lucas abrió la puerta del edificio y la hizo pasar primero. Subieron en silencio con las manos entrelazadas.

«¿Los amigos se cogen de la mano?», pensó ella mientras subían.

Cuando llegaron al segundo piso, se pararon frente a la puerta de Carol.

—Me dijiste que debía dejarte pronto en casa y lo prometido es deuda. Un placer haber cenado con usted, señorita.

—El placer ha sido mío, me ha gustado mucho cenar contigo.

—Entonces habrá que repetirlo.

Lucas le guiñó un ojo y Carol se sintió morir. La volvía loca con cualquier gesto que le hiciera, con la mirada ardiente con la que la miraba, y eso le gustaba y asustaba a partes iguales.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Se dieron un dulce beso en los labios y cuando Carolina abrió la puerta de casa y se metió dentro, él reanudó la marcha para subir a la tercera planta. Tras la puerta de su piso, Carol le daba vueltas a una cosa con el corazón desbocado. Su cuerpo, su mente y su alma le pedían a gritos seguir al lado de Lucas; le apetecía disfrutar de su presencia, de su aroma, sus manos y sus besos. Así que, cogiendo tan solo las llaves de casa, cerró la puerta y se apresuró a subir al tercer piso.

Cuando Lucas abrió la puerta y encontró a Carol frente a él, no pudo hacer otra cosa que sonreír. Cogiéndola de la mano, la metió dentro de casa y, al cerrarla, le devoró la boca con lujuria. Aquellos labios carnosos lo volvían loco y no se cansaba de besarlos, lamerlos y mordisquearlos. Junto a la puerta, se besaron con delirio mientras se quitaban la ropa lentamente el uno al otro sin moverse del sitio. Totalmente desnudos, Lucas hizo que Carol se apoyara en la puerta y, con un reguero de pequeños besos, fue bajando desde su boca hacia su cuello, pasando por su ombligo, para terminar en su triángulo de placer. Carol gemía mientras este tenía la cabeza metida en su entrepierna y la hacía disfrutar con su lengua. Lucas se deleitó lamiendo, chupando y succionando su clítoris. Sintió los espasmos del botón del delirio, consecuencia del placer que le estaba provocando. Segundos después, se puso de pie y le devoró la boca, quería que probara su esencia; la que tanto le gustaba a él. Con rapidez, sacó un preservativo de su cartera, se lo puso y, cogiendo a Carolina a pulso, la empotró contra la puerta y la penetró, desesperado, hasta sus entrañas, sintiendo cómo Carol clavaba las uñas en su espalda. Juntos formaban una perfecta coreografía con sus caderas, se acoplaban a la perfección y eso hizo que, tras pocos minutos, notara que ella se tensaba, sabiendo así, que el orgasmo estaba cerca. Carolina se dejó llevar por completo, gimiendo como no lo había hecho nunca, cuando el clímax la alcanzó de igual forma que un volcán entra en erupción.

Aquella noche volvieron a hacer el amor, esta vez en la cama y con tranquilidad. Exploraron sus cuerpos, se deleitaron pasando su lengua, sus labios y sus manos por cada rincón, por cada terminación nerviosa. Y, rendidos, terminaron dormidos mientras se daban calor con sus cuerpos desnudos bajo las sábanas.

El timbre sonó un par de veces. ¿Pero quién narices llamaba a esas horas? No sabían qué hora era, pero temprano seguro, porque aún era de noche. De nuevo, el timbre volvió a sonar. Lucas

saltó de la cama y, poniéndose los calzoncillos, fue a abrir a toda prisa. Se quedó de piedra cuando encontró a Sonia frente a él. La chica lo miró de arriba abajo y, en ese momento, se dio cuenta de que había abierto la puerta casi desnudo.

—Perdona por las horas, Lucas, pero mi hermana debería haber llegado ya a mi piso porque tengo que irme al obrador, no hay forma de contactar con ella y estoy empezando a ponerme nerviosa. No he querido avisar a mi hermano para no preocupar a nadie más de la familia, pero es que no sé qué hacer.

«¡Mierda!», pensó Carol. Escuchaba hablar a su hermana con la típica verborrea que le entraba cuando se ponía nerviosa. ¿Pero qué hora era? Se dejó el bolso en casa y dentro de él su móvil con la alarma puesta para levantarse e ir a casa de su hermana. Saltó de la cama como si las sábanas ardieran y se vistió a toda prisa, intentando no hacer ruido, mientras oía cómo Lucas intentaba calmar a Sonia.

—Tranquila, mujer. Seguro que está profundamente dormida y no se ha enterado del despertador.

—Pero he bajado, he picado en su casa y tampoco me ha abierto la puerta. ¿Y si le ha pasado algo? A lo mejor se ha caído en la ducha y se ha dado un golpe en la cabeza y...

—¡Sonia! —Lucas la cogió de los brazos y notó cómo la chica temblaba—. Entra en tu casa, no dejes a Martín solo. Yo bajaré a ver qué pasa con tu hermana.

—¿De verdad?

—Sí, tranquila. Vuelve dentro y relájate.

Sonia le hizo caso y, metiéndose en su casa, se sentó en el sofá a esperar a Lucas, sin acordarse, por culpa de los nervios, de que en uno de los cajones del mueble tenía una copia de las llaves del piso de su hermana.

Lucas corrió hacia el dormitorio, donde Carolina esperaba de pie, y ya vestida, a que su hermana se fuera para poder salir de allí.

—Mierda, Lucas. Me he quedado dormida.

—Relájate. Baja a tu piso lo antes posible, cámbiate de ropa y sube al de tu hermana.

Ella asintió.

—Le diré que no me acordé de poner la alarma.

—Invéntate lo que quieras...

A Carolina le dio la sensación de que aquellas palabras estaban cargadas de reproches por tener que ocultar algo de lo que no tenían por qué avergonzarse, ni tenían por qué esconder. Eran dos personas adultas que se gustaban y disfrutaban cuando estaban juntas, ¿dónde estaba el problema?

En menos de cinco minutos bajó, se cambió y subió al piso de su hermana. Lucas se había puesto unos pantalones de deporte y una camiseta y la esperaba en el rellano. Carol abrió la puerta del piso de su hermana.

—¡Carol! ¡Me tenías preocupadísima!

—Lo siento, hermana. Anoche se me olvidó poner la alarma para despertarme.

—Te he llamado al timbre varias veces.

—Eso me ha dicho Lucas cuando he abierto la puerta. Lo siento, estaba profundamente dormida y no me he enterado de nada. Perdóname, de verdad.

—Anda, tonta...

Su hermana la abrazó y no le pasó desapercibido el olor a perfume de hombre que desprendía su piel, pero no le dijo nada, ya hablaría con ella más tarde.

—Venga, vete o llegarás tarde.

—Ya llego tarde, seguro —dijo sonriendo y saliendo por la puerta—. Lucas, gracias por todo y discúlpame por haberte sacado de la cama a estas horas tan intempestivas. Cuando me bloqueo no sé qué hacer.

—No te preocupes, los vecinos estamos para echarnos una mano cuando haga falta.

Lucas salió tras Sonia y se despidieron los tres. Carolina cerró la puerta, Sonia bajó las escaleras a toda prisa y Lucas se metió en su piso pensando que debía hablar con Carol sobre lo de esconderse como si lo que estuvieran haciendo fuese pecado. Él no quería hacerlo, le gustaba estar con ella y no le importaba que los vieran juntos, es más, le encantaría gritar a los cuatro vientos que aquella chica le gustaba y deseaba pasar mucho más tiempo con ella del que ya lo hacían.

Aquella tarde le tocaba trabajar a Carol, pero en el rato en el que Sonia y ella estuvieron juntas cuando esta llegó de trabajar, su hermana la taladró a preguntas.

—Sigo sin entenderlo, hermana.

—¿El qué?

—Puede pasar que te olvidaras de poner la alarma, pero no enterarte del timbre... no lo entiendo.

—¿Nunca has estado tan profundamente dormida que no te has enterado de que alguien te llamaba por teléfono?

—No es lo mismo el teléfono que el timbre de la puerta.

—Lo mismo es. —Intentó quitarle hierro al asunto.

—¿Y no sería que estabas acompañada y que por eso no has abierto la puerta?

Carolina abrió la boca, totalmente sorprendida, y Sonia se carcajeó.

—¿Tú tienes fiebre?

—¿Yo? Para nada, sé perfectamente lo que digo. A lo mejor tenías a alguien metido entre las sábanas... Cuéntame, ¿quién es el afortunado?

—¡Que no hay ningún afortunado! Paso de los tíos.

—Venga, hermanita, cuentos chinos a otra. Esta mañana traías un olor a macho que echaba para atrás.

Con los ojos como platos, Carolina se rindió ante su hermana y decidió hablar. Aunque lo hizo a medias.

11. La media confesión

—Está bien, lo reconozco, estoy conociendo a alguien.

—¡Cuéntamelo todo!

—No hay mucho que contar.

—¿Cómo qué no? ¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de tiiiiii? —cantó Sonia.

—¿Ahora eres Perales, o qué?

—Me he venido arriba. —Las dos hermanas se carcajearon con ganas.

—No lo conoces —mintió.

—¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Es guapo?

—Echa el freno, hermana. Solo puedo decirte que es guapo. Muy muy guapo —recalcó—, y tiene treinta y tres años.

—¿Es de aquí?

—No, es de otra ciudad, pero vive aquí por trabajo.

—¿Y a qué se dedica?

—No pienso contestar a ninguna pregunta más de tu interrogatorio, así que, cambiemos de tema.

—Pero que rancia eres algunas veces —se quejó Sonia—. Pues cambiando de tema, ¿quieres que te cuente un cotilleo?

—¡Claro!

Carolina fingió estar interesada en lo que su hermana iba a contarle, pero en realidad lo que quería era que dejara de interrogarla sobre el misterioso chico que había conocido y del que ella no estaba dispuesta a revelar su identidad. Todavía...

—Resulta que anoche estaba viendo una película tumbada en el sofá y de repente empiezo a escuchar ruidos...

—¿Qué ruidos? ¿Aquí en tu casa?

—¡Qué va! ¡En la del vecino!

—¿En la de Lucas? —Carolina sintió que las orejas le comenzaban a arder en cuestión de segundos.

—Sí. Resulta que el vecinito buenorro tiene que ser una fiera en el terreno sexual, porque se trajo anoche a alguna amiguita suya y no veas cómo gemía la tía.

—Pero, ¿qué dices?

—Lo que oyes. La chica gemía tanto que no me hizo falta pegar la oreja a la puerta para enterarme de todo.

—¡Sonia!

—¿Qué? —Rio divertida.

—No debes ser tan chismosa. La curiosidad mató al gato.

—Seguramente. Aunque me juego que el que mató a la chica, pero a polvazos, fue Lucas.

Carolina no sabía hacia dónde mirar, ni qué decir. ¿Tanto se había dejado llevar que se oían sus gemidos hasta en el piso de su hermana? ¡Qué vergüenza!

—Bueno, sea como fuere, no es asunto nuestro. El chico tiene su vida privada y hay que respetarla.

—Asunto nuestro no es, pero yo no tengo la culpa de que sea una máquina sexual y que me

entere de todo estando en mi casa. ¡Me puse cachonda y todo!

Sonia empezó a carcajearse, pero Carolina se quedó seria, mirándola.

—¿Qué pasa, Carol?

—Nada.

—Cualquiera diría que te molesta que Lucas suba amiguitas a su piso.

—¿Molestarme a mí? No digas tonterías.

—Entonces, esa cara, ¿por qué?

—Porque no tenemos por qué husmear en la vida privada de nadie.

—Yo no he husmeado, estaba tranquilamente en mi casa cuando escuché cómo el vecino disfrutaba de una sesión de sexo pegado a la puerta de la suya. Que ya podrían haberse ido a la habitación.

«Eso digo yo, la manía que tenemos de quedarnos pegados a la puerta», pensó Carolina.

—De todas formas, ni nos viene ni nos va lo que haga o deje de hacer.

Poco después Carolina se fue a su piso a prepararse para trabajar. Durante toda la tarde estuvo dándole vueltas a lo que le dijo su hermana. En lo referente al sexo, siempre había sido una chica algo tímida, pero con Lucas no sentía vergüenza ninguna y se dejaba llevar, haciendo o diciendo cosas que antes nunca había hecho o dicho. A partir de ahora, debían ser más cuidadosos en sus encuentros y, estaba claro, nada de repetir pegados a la puerta de la calle.

12. Dulce Navidad

Pasaron las semanas y Carolina y Lucas seguían encontrándose a escondidas. Sonia seguía insistiéndole a su hermana para que le dijera quién era el chico con el que salía, pero Carol, aún reacia a dar un paso más con Lucas, siguió callando. La única que sabía de lo que pasaba entre ellos era Patricia, y esta la animaba a confesar su relación. ¿Pero de qué relación hablaba? Ellos no estaban saliendo. ¿O sí?

—Carolina, me voy en unos días —soltó Lucas mientras estaban tumbados en la cama después de una buena sesión de sexo.

—¿Dónde te vas? —Se incorporó con rapidez y lo miró con los ojos desencajados.

Aquel gesto le gustó a Lucas, sentía que para ella era más que un mero juguete sexual con el que se veía a escondidas, cosa que pensaba algunas veces.

—A casa de mis padres. Me voy a pasar las fiestas navideñas con la familia.

—Estarán deseando verte.

—Seguro, pero yo a ellos más.

Carolina sonrió, aunque en realidad se sintió vacía. ¿Qué iba a hacer sin Lucas tantos días? Debía reconocer que le gustaba, pero sentía un miedo atroz a que le volvieran a romper el corazón y no quería dar con él el paso de afianzar lo que tenían.

—¿Cuándo te marchas?

—El próximo sábado. Quiero estar allí para Nochebuena.

«Cómo te voy a echar de menos», pensó Carolina. Pero prefirió callar en vez de decirle lo incompleta que iba a sentirse sin él durante los días que iban a estar separados.

—Espero que disfrutes mucho con toda tu familia.

La cabeza de Lucas daba mil vueltas. Carolina le gustaba mucho, pero no sabía por dónde tirar con ella. A veces le daba la sensación de que se comportaban como cualquier otra pareja, pero otras parecían simplemente dos personas pasando un buen rato. Y eso hacía que él no se atreviera a confesarle lo que realmente sentía.

La noche del viernes, justo el día antes de que Lucas se marchara, Carolina decidió preparar una bonita cena en su piso, a modo de despedida que, por suerte, era temporal.

—Qué bonito —dijo Lucas al ver cómo había preparado la mesa.

—Son dos detallitos de nada —contestó fingiendo indiferencia, sin querer darle importancia.

En realidad, había estado un buen rato pensando cómo colocarlo todo para que pareciera romántico, pero no demasiado. Para que supiera que lo iba a echar de menos, pero no demasiado. Y para que él no se olvidara de ella los días que iba a estar fuera. La cena se les pasó volando, fue amena y divertida y Carolina sintió que debía beberse cada segundo de felicidad de aquella cita, por si cuando volviera ya nada era como antes.

Siempre con los malditos miedos y dudas de los que no era capaz de desprenderse. Diego le hizo demasiado daño. Tanto, que ahora no era capaz de abrirse al cien por cien a un hombre, ni entregarse del todo por miedo a volver a sufrir.

Tras la cena, pusieron un poco de música, se llenaron unas copas y disfrutaron de una tranquila conversación sentados en el sofá. Hasta que Lucas, sin querer alargarlo más, se abalanzó sobre Carol y le devoró la boca con lujuria. Necesitaba impregnarse de ella al máximo para no echarla tanto de menos mientras estuviera fuera. Porque sí, porque a pesar de ir a pasar unos días con su

gente, iba a echarla mucho de menos. Succionó el labio inferior, que tan loco le volvía, mientras Carolina le alborotaba el pelo con las dos manos. Entre los dos había un fuerte magnetismo y una buena compenetración en todos los sentidos, y aquello se notaba en los momentos más ardientes.

Cogiéndola a pulso, la llevó hasta el dormitorio, dejándola junto a los pies de la cama. Le dio la vuelta y, de la forma más sensual posible, fue bajando la cremallera de su vestido hasta que la prenda cayó al suelo y la dejó en braguitas y sujetador. Mientras, él recorrió la espalda con la yema de sus dedos haciendo que las terminaciones nerviosas de Carolina se alteraran con esa simple caricia. Pasando su boca por el cuello, desabrochó el sujetador y lo dejó caer. Subiendo las manos por los costados, llegó a sus pechos y los manoseó con posesión, acariciando esos pezones rosados, duros y tersos que tan loco lo volvían. Le dio la vuelta y quedaron uno frente al otro.

—Eres preciosa —le dijo mientras cogía su cara entre sus manos y la besaba fervientemente.

Aquellas palabras derritieron a Carol y esta, conocedora de la zona más sensible del chico, acarició con la yema de sus dedos el lóbulo de sus orejas, haciendo que cerrara los ojos y echara la cabeza hacia atrás, cosa que aprovechó ella para darle un leve mordisco en la nuez. Seguidamente se puso de puntillas para pasar la punta de su lengua por la zona que acababa de acariciar. Desprendió a Lucas de toda la ropa hasta dejarlo como su madre lo trajo al mundo y allí, de pie, pasó sus manos por su torso, lo acarició y palpó hasta que sus manos llegaron a la entrepierna, dura como una piedra a esas alturas. A Lucas se le escapó un gruñido de placer de la garganta cuando notó las manos de Carol en su miembro y terminó de volverse loco cuando la vio en cuclillas, frente a él, dispuesta a darle placer con su boca.

—Dios... —dijo al notar el aliento de Carolina alrededor de su pene.

Carol rodeó, acarició y chupó el glande como si de un caramelo se tratase. La humedad de su boca y el roce de sus labios hacían gozar a Lucas como nunca. Se lo metió en la boca una, dos, tres, cuatro, veinte veces, a la vez que jugaba con la lengua y le acariciaba con una mano. Lucas acompañaba el vaivén agarrando su cabeza, siguiendo sus movimientos.

—Carolina... Para o no duraré mucho más...

Incorporándose, se tumbaron en la cama y entonces fue Lucas el que quiso darle placer. Se deleitó pasando la lengua por sus pezones, los chupaba a la vez que Carol arqueaba la espalda de placer. Bajó hasta su ombligo y, como no, terminó metido en su volcán ardiente, donde introdujo sus dedos y estos se impregnaron de sus flujos que, en ese momento, eran auténtica lava. Durante horas fueron dos cuerpos calientes en estado puro. Se besaron, se lamieron, se mordisquearon, se tocaron y no dejaron una sola parte del cuerpo del otro sin recorrer. Terminaron agotados y acabaron durmiendo abrazados bajo el nórdico, ajenos al frío de diciembre que hacía fuera.

Lucas se levantó temprano y se despidió de Carolina de forma breve y poco intensa. No quería parecer un desesperado por irse unos días lejos de ella. Y aquella despedida le pareció muy sosa a Carolina. Imaginó que él la besaría hasta dejar en carne viva sus labios y que le diría lo mucho que la iba a echar de menos. Pero no fue así, y se dijeron adiós de una forma que ninguno de los dos quería en realidad.

Un par de días después de la marcha de Lucas, Carolina se dirigía a su casa cuando, a lo lejos, vio a una persona que reconoció al instante.

—Carol... —Diego se acercó a ella con rapidez.

Este se había marchado meses atrás, dejando el corazón de Carolina hecho añicos, pero verla tanto tiempo después, le sorprendió y gustó a partes iguales.

—¿Qué tal, Diego? —contestó ella secamente.

Él se acercó y le dio dos besos a la vez que posaba la mano en su cintura. Carolina no se movió, no se apartó, no quitó su mano. No sabía por qué, pero volver a sentir a Diego la estremeció.

—Muy bien. Y tú, ¿qué tal estás?

—Perfectamente —mintió.

Ahora que se había encontrado cara a cara con el que fue su pareja durante cuatro años, se había dado cuenta de que no tenía superada del todo la ruptura.

—Me alegro. —Sonrió, rompiéndole un poco más el corazón a Carolina.

—Bueno, hasta otra, Diego.

—Hasta otra.

Los dos siguieron su camino, pero apenas habían andado unos metros cuando Diego se giró y la llamó:

—¡Carol!

Se paró en seco al escuchar su nombre. Se giró con lentitud y cuando lo hizo por completo, él ya la había alcanzado de nuevo.

—¿Te gustaría tomar un café juntos, un día de estos?

—Por qué no...

¿Por qué no? ¿De verdad habían salido de su boquita esas palabras? «¡Hola! ¿El hombre que tanto daño te hizo, que te dejó, que te tuvo llorando durante semanas, te invita a tomar café y aceptas sin más?», le gritaba su pequeña voz interior.

—¡Genial! —exclamó sorprendido porque no le hubiese rechazado—. ¿Te llamo esta semana y nos vemos?

—Está bien.

—Perfecto. Hasta entonces.

—Adiós.

Esta vez sí siguieron su camino y Carolina estuvo dándole vueltas a la próxima cita con Diego durante toda la tarde. Aquella noche habló con Lucas por teléfono y prefirió no decirle que se había encontrado con su expareja en la calle y que había quedado con él. Pero ¿por qué quiso callar?

Al día siguiente Diego la llamó para verse esa misma tarde. Vaya, sí que tenía prisa por tomarse ese café con ella, pensó. Aceptó en verse en una cafetería a la que acostumbraban a ir cuando estaban juntos. Cuando llegó y lo vio sentado en la misma mesa en que lo hacían siempre cuando eran pareja, su estómago le dio un vuelco y sintió unas inmensas ganas de llorar. ¿Cuándo iba a superar definitivamente que ya no estaban juntos? Llevaba semanas pensando que lo había conseguido, pero claro, tenía a Lucas a su lado. Lucas... De repente sintió la necesidad de llamarlo y hablar de nuevo con él un rato. En cuanto llegara a casa lo llamaría.

—Estás muy guapa —dijo Diego cuando se sentó frente a él.

—Gracias. —Fue lo único que el nudo de su garganta le dejó contestar.

—¿Tomas lo de siempre?

Asintió sin hablar. Diego la conocía a la perfección. Sabía lo que le gustaba y lo que no. Sabía capotear su carácter guerrero cuando discutían y en la intimidad nunca tuvieron problemas.

Estaba más guapo que de costumbre. Se había cortado el pelo y se había dejado una barba de varios días, bien recortada y cuidada y eso lo hacía mucho más interesante.

Durante más de una hora charlaron de cosas banales, ninguno de los dos quería sacar el tema

de su relación y de cómo terminó todo. Hasta que, armándose de valor, Diego abrió la veda y ya no hubo vuelta atrás. Hablaron sin parar. Él le contó por qué se fue, se disculpó y cogió las manos de Carol, que las tenía entrelazadas sobre la mesa, frías como el hielo, de los puros nervios. Ella le confesó lo mal que lo pasó con su partida, las noches en vela, los días de llantos.

—Lo siento de veras, Carol... —En ese momento ella supo que lo decía totalmente en serio.

—No te preocupes, ya está superado —dijo sin creer sus propias palabras.

Ni hablar. «¿Superado? ¡No te lo crees ni tú!», le habló su voz interior, una vez más.

—¿Amigos? —preguntó Diego sonriendo.

—Amigos. —Carol fingió la sonrisa.

Se marcharon de la cafetería y él insistió en acompañarla hasta su piso. Hasta el piso que, durante dos años, habían compartido. Ya en la puerta del edificio, se despidieron.

—Me ha encantado pasar la tarde contigo —confesó el chico.

—Y a mí. Teníamos pendiente esta charla.

—Tienes toda la razón. Y no sabes lo que me alegro de haberme sincerado contigo.

—Yo también.

—¿Te gustaría que nos viéramos otro día?

—Sí, por qué no —respondió con sinceridad.

Como esa semana trabajaba por las mañanas, se pasó las tardes quedando con Diego, siempre en la misma cafetería, siempre en la misma mesa. Y, sin darse cuenta, llegó Año Nuevo y, poco después, el día de Reyes. Esa misma tarde, con trabajo hasta arriba desde hacía varios días preparando roscones, Diego se presentó en el obrador.

—Hola, Virginia —saludó a la chica del mostrador—. ¿Está Carol?

Virginia llamó a su jefa y esta, en cuanto pudo, salió para ver qué quería Diego presentándose allí.

—Perdona que venga aquí —dijo leyendo su mente—, pero me gustaría saber si, al terminar de trabajar, te apetecería tomarte una copa de vino conmigo.

Lo pensó durante unos segundos. Una cosa era tomar café y otra cosa pasar al vino.

—Estamos hasta arriba de trabajo. Otro día, quizás.

—Está bien, te tomo la palabra.

Le dio dos besos y salió tal y como había entrado. Compuesto y sin cita.

Carol llegó a casa muerta de cansancio y a las tantas. Se dio una ducha, se puso un pijama calentito, y se metió en la cama del tirón. Durante un buen rato no pudo conciliar el sueño, dándole vueltas a lo a gusto que había estado con Diego cada vez que habían quedado y la facilidad con la que le había hecho olvidar lo mal que lo pasó por su culpa, hacía casi un año. Cogió el teléfono y, escribiendo a toda prisa y sin pensarlo mucho, invitó a Diego a tomar esa copa de vino al día siguiente y él, que se sorprendió cuando leyó la propuesta de su exnovia, aceptó encantado.

Y así, sin darse apenas cuenta, pasaron unas Navidades más; las primeras que pasaba soltera después de varios años, pero en las que, no sabía por qué, no se había sentido sola en ningún momento. Y eso era gracias a... ¿Diego?

13. ¡Sor-pre...!

Carolina propuso a Diego subir a su piso aquella tarde. SU piso, el mismo que un día fue de ellos dos. Aceptó encantado, y cuando ella le abrió la puerta sintió una punzada en el estómago y un sentimiento de culpabilidad por haber terminado la relación. Sin duda, se arrepentía de haberlo hecho.

Eran más de las siete de la tarde y Carolina y Diego, dirigiéndose a la cocina, iban a llenarse la segunda copa de vino. Charlaban animadamente de pie, se notaba que habían acortado distancias en esas tardes de café y, ahora, se volvían a sentir a gusto el uno con el otro. Tras llenar los vasos, Carol guardó la botella en la nevera y, al girarse sin darse cuenta de que Diego estaba detrás, dejó caer la copa de vino encima de su camisa blanca.

—¡Madre mía! ¡Perdóname, no te he visto!

—No te preocupes, no pasa nada.

—Claro que pasa, te he dejado la camisa hecha polvo.

Corrió a coger un par de trapos de cocina y se los pasó por encima de la prenda blanca, restregando aún más la mancha de vino tinto.

—Mierda... mierda...

—Tranquila, Carol. Es una simple camisa —dijo cogiendo sus manos.

Ella levantó la vista y se encontró a Diego mirándola con ternura.

—Menuda te he liado, ¿eh?

Diego comenzó a reír y, segundos después, los dos reían a carcajadas.

—No te preocupes por la camisa, la llevaré a la tintorería —habló Diego después de las risas.

—Espera un segundo, ahora vuelvo —dijo ella saliendo de la cocina.

Se dirigió al dormitorio, donde guardaba, sin que nadie lo supiera, algo de ropa de la que no se llevó y ella no quiso tirar, aún no sabía bien por qué.

El timbre sonó y mientras Carolina, con la cabeza metida en el armario, buscaba una camiseta de Diego, este se había quitado la camisa en la cocina, y se dirigía a abrir la puerta con el torso desnudo.

—¡Sor-pre...! —Lucas no pudo terminar la frase—. ¿Quién eres? —espetó con el ceño fruncido.

—Soy Diego, ¿y tú?

—Lucas, el vecino de arriba de Carolina —escupió de mala gana.

—Toma, Diego —dijo Carolina, que no se había enterado de que los dos hombres hablaban en la puerta—. Ponte esta camiseta en lo que...

Levantó la cabeza y vio cómo la miraba Lucas.

—Lucas... —dijo acercándose a la puerta.

—Hola, Carol —respondió secamente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, haciendo que Lucas arqueara una de sus cejas—. Quiero decir, pensé que llegabas mañana...

—¿Podemos hablar a solas?

—¿Nos das un par de minutos? —Carol miró a Diego y él asintió.

—Te espero dentro. —Diego, mirando a Lucas con desprecio, se dio la vuelta mientras se ponía la camiseta que le había traído Carolina.

—Al final decidí volver un poco antes —explicó Lucas—. Solo pasaba a saludarte, pero veo que he interrumpido —soltó con el rostro serio.

—No interrumpes, tranquilo.

—No estoy tan seguro...

—¿Qué tal con la familia? —preguntó Carolina, cambiando de tema.

—Muy bien.

—¿Todos bien?

—Perfectamente.

—Me alegro.

—Gracias.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

—¿Nos llamamos y quedamos otro día?

—Sí, claro. Nos llamamos —contestó el chico.

Y sin más, se dio la vuelta y subió las escaleras maldiciendo, en lo que entraba a su piso, lo idiota que había sido por presentarse un día antes de lo previsto para darle una sorpresa a Carolina y, al final, habérsela llevado él (no siendo esta precisamente agradable). En realidad no quiso decirle que había vuelto antes por ella. Necesitaba verla, olerla, besarla y tenerla entre sus brazos. Pero estaba claro que Carol no había pensado en él y ya estaba divirtiéndose con otro. Y no otro cualquiera, sino con su ex. Ella le había contado lo mal que lo había pasado con Diego, y ese tío se había presentado y le había dicho que se llamaba así, así que tenía que ser él.

—¿Ese es el vecino de arriba? —preguntó Diego, más por celos que por curiosidad.

—Sí, se mudó hace unos meses, vive justo en el piso de arriba, frente a Sonia.

—¿Qué tal Sonia y el crío? —Quiso cambiar de tema Diego.

Se sentía confuso. Hacía menos de un año había decidido hacer las maletas y terminar con una relación de cuatro años porque sentía que se ahogaba, que no era lo que quería en su vida. Sintió que necesitaba vivir, salir corriendo de aquellas cuatro paredes y alejarse de Carolina. Pero hacía unos días se habían encontrado por la calle y ya no estaba tan seguro de que lo que hizo era realmente lo que quería. ¿De verdad estaba pensando en volver con ella? ¿Le daría una segunda oportunidad?

—Están muy bien. Martín cada día más grande y más bichito.

—Me alegro.

—Bueno, ¿te lleno la copa de nuevo?

No sabía ni por qué le hizo esa pregunta. En realidad, lo que quería era que Diego se marchara y poder subir a hablar con Lucas. Quería darle una explicación de por qué Diego estaba en su piso y sin camiseta, pero ¿por qué iba a dársela? Tan solo eran vecinos con derecho a roce. Nada más... ¿Nada más?

Al final, terminaron disfrutando de la tarde, del vino y de la charla en la que se sumergieron durante un largo rato.

Diego deseaba que lo invitara a quedarse a cenar, pero Carolina no lo hizo y él no insistió. Iría despacio. A estas alturas se había propuesto reconquistarla. Iba a hacerlo porque se había dado cuenta de que realmente sí echaba de menos la vida que tenía junto a ella.

14. Diego

Le dio dos besos a Carol y bajó las escaleras sonriendo, pensando que tenía posibilidades con ella. Una cosa sí estaba clara, tenía que quitarse de en medio al vecinito guapo y entrometido.

«Hablando del rey de Roma...», pensó al ver a Lucas abrir la puerta del edificio.

—Hola —saludó Lucas, más por educación que por otra cosa.

—Adiós —espetó Diego saliendo a la calle, mientras Lucas aguantaba la puerta—. ¡Perdona! —dijo dándose la vuelta y sujetándola antes de que se cerrara.

Lucas se paró en seco en las escaleras y se giró.

—Eres el vecino de arriba de Carol, ¿no?

Asintió sin hablar.

—Y, ¿eres su vecino o hay algo más entre vosotros?

—¿A qué te refieres? —preguntó haciéndose el tonto.

—Venga, lo sabes perfectamente. ¿Te has follado a Carol?

—Eso no es de tu incumbencia.

Aquellas palabras molestaron a Diego. No sabía si porque ese tío dejaba la duda en el aire o porque se creía muy listo, aquel chulito de playa.

—Pues mira por donde, sí lo es. Carol y yo estuvimos juntos varios años y vamos a volver a darnos una oportunidad. Así que te quiero lo más lejos posible de ella.

—Tranquilo, solo somos amigos.

—Pues a partir de ahora, ni eso. Te quiero bien lejos de ella —le volvió a decir dejando que la puerta se cerrara.

Lucas se quedó plantado en las escaleras con su mente a mil por hora. Aquel tío era gilipollas y nadie se lo había dicho todavía. No sabía cómo Carolina había podido estar con él tanto tiempo. ¿Sería cierto que iban a volver a intentarlo? Pensó que lo mejor sería alejarse de ella, no quería tener problemas con nadie y menos aún con aquella preciosa mujer por la que, aunque a ella le habían bastado unos días para olvidarse de él, sentía algo especial y no quería hacerle daño.

Diego cerró la puerta sonriendo. Sintió que le había dado donde más le dolía al chulito del tercero. Pero, a pesar de que le había mentado con lo de que iban a volver a intentarlo, sí tenía claro que ese era su objetivo: volver con Carolina.

Cuando decidió dejarla, lo hizo porque sintió que debía dar un paso más después de dos años de convivencia y aquello le asustó. A pesar de que ella nunca se lo insinuó, nunca se lo pidió, ni siquiera lo hablaron. Sintió que se ahogaba, que necesitaba salir de allí y alejarse de todo el mundo que le rodeaba. Alquiló un piso y se dedicó a meter a una, o varias chicas en su cama, cada fin de semana. Después de un tiempo, se cansó de ese vaivén de faldas y decidió pasar una temporada solo. Pero, dichoso el destino, este quiso que se cruzara con Carolina por la calle y el corazón le dio un vuelco en cuanto la vio venir de lejos. ¿Seguía enamorado de ella? Ni él mismo lo sabía. Lo que sí sabía, después de las tardes que habían pasado tomando café y vino, era que haría lo que estuviera en su mano para volver con ella.

15. Dos hombres y un destino

Lucas se alejó por completo de su vecina. No le cogía las llamadas, ni contestaba a sus mensajes. ¿Diego quería el camino libre? Lo iba a tener. No iba a ser él el que se interpusiera entre ellos.

Carolina no entendía nada. Vale que, cuando Lucas llegó antes de tiempo, la situación fue rara, pero entre ella y su ex no había pasado nada. Y ahora, él ni contestaba a sus mensajes ni a sus llamadas. ¿Tan enfadado estaba con ella?

En cambio, Diego la llamaba a diario y le mandaba mensajes para preguntarle qué tal estaba o si quería quedar para tomar algo. ¿Debería darle a Diego una segunda oportunidad?

—¿Qué pasa por esa cabecita loca? —le preguntó Sonia a su hermana mientras trabajaban en el obrador.

—Nada, no sé por qué lo dices.

—¿Por qué lo digo? Porque estás totalmente distraída. Te hablo y no me contestas.

—Eso no es cierto.

—¡Sí lo es! ¿Qué es lo último que te he dicho?

—Pues...

Carol pensó, pero no supo qué contestar.

—¿Ves?, ni idea. Algo te ronda por la cabeza desde hace días.

Suspiró. Su hermana tenía razón. Pero no podía contarle nada porque no sabía que Lucas y ella habían estado viéndose, bueno, más bien acostándose, a escondidas de todo el mundo.

Necesitaba hablar con Patricia, ella era la única que sabía lo que pasaba con su vecino.

—Hola, Carol. ¿Dónde te metes, perdida?

—Hola, Patri. Necesito hablar contigo. ¿Haces algo esta tarde?

—Después de las seis soy toda tuya.

—Genial, necesito contarte algo.

—¿Algo sobre el buenorro de tu vecino? —preguntó con una risita traviesa.

—Sí, es sobre Lucas.

—Pues nos vemos a las seis en la terraza de siempre.

—Gracias, amiga.

—No me las des, tonta. Chao.

—Adiós.

El resto del día se le hizo eterno. Su hermana no paraba de echarle miraditas, sabía que algo le pasaba, pero no quería contarle nada. En ese momento, hubiese deseado estar cuidando a Martín.

A las seis en punto llegó a la terraza donde Patricia ya la esperaba sentada, tomando un café bien caliente.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás? —le preguntó su amiga cariñosamente.

—Ay, Patri... Voy a volverme loca.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de que te dije que me encontré con Diego y quedamos varias tardes?

—Sí me acuerdo. —Puso los ojos en blanco.

Diego le había hecho mucho daño a su amiga y eso, ella no se lo perdonaba al muy condenado. No entendía por qué Carolina quedaba con él como si no hubiera pasado nada.

—Pues resulta que una de las tardes lo invité a tomar una copa de vino a casa...
—Que hiciste, ¿qué? —la interrumpió.
—Vino a casa a tomar una copa de vino.
—¿Tu casa? ¿La que un día fue vuestra? —Entrecomilló con los dedos la palabra “vuestra”.
—Sí... La cuestión es que —siguió hablando— le tiré encima, sin querer, mi copa. Así que fui al dormitorio a por una camiseta y en esas picaron a la puerta, él abrió y se encontró de frente con Lucas.

Su amiga soltó una carcajada.

—¡No jodas!

—Pues sí, hija —dijo cerrando los ojos y resoplando.

—Claro, y el vecino se pensó lo que no era.

—Está claro. Porque desde entonces no coge mis llamadas ni contesta a mis mensajes.

—¿Y por qué no subes a hablar con él? Es más fácil.

—Me da vergüenza que me dé con la puerta en las narices.

—Pues si te da con ella en las narices, que te dé, pero por lo menos lo habrás intentado.

—No sé qué hacer...

—¿Y con el capullo de Diego, qué tal?

—Pues... normal —dijo tras una pausa.

—¿Normal de “Estoy con él como antes de dejarme” o de “Este chico ni fu ni fa”?

—Un poco de las dos cosas.

—¿Qué? ¡Tú estás loca!

—¿Por qué?

—¿Después de dejarte tirada como a una colilla, tras años de relación y de convivencia, le vuelves a abrir las puertas de TU casa como si nada? No te entiendo.

—Ni yo misma me entiendo.

—A lo mejor sientes algo de nostalgia por lo que tuvisteis. Porque... no estarás pensando en volver con él, ¿no? —preguntó con miedo.

—¿Sería una locura?

—¡No jodas, Carol! ¿Tú me estás tomando el pelo? Ese tío es un auténtico gilipollas. Lo que tienes que hacer es pasar de él y centrarte en tu vecinito.

—Pues parece que Lucas no quiere saber nada de mí...

—Hablando de él, mira quién viene por allí.

Al girarse, se le abrieron los ojos como platos. Jorge, su hermano, charlaba animadamente con Lucas. ¿Desde cuándo hablaban estos dos? Patricia silbó con todas sus fuerzas (muy delicada, ella) y los dos chicos se giraron. Les hizo señas con el brazo y, tras mirarse unos segundos y decirse algo, cruzaron la carretera y se acercaron a la mesa donde estaban las chicas.

—¿Qué tal, preciosa? —dijo Jorge acercándose a Patricia para darle dos besos.

—Muy bien, ¿y tú? Estás muy guapo.

Siempre pasaba igual. Entre Jorge y Patricia había una tensión sexual no resuelta que exasperó a Carol en esos momentos. El tonto que se traían los dos era insoportable. ¿O era envidia lo que sentía por ellos?

—No tan bien como tú —contestó con una sonrisa de medio lado.

Antes de sentarse besó a su hermana, que le puso la mejilla. Mientras tanto, Lucas seguía allí de pie, sin hablar.

—¿Conoces a Lucas? —le preguntó Jorge a Patricia.

—Nos hemos visto en alguna que otra ocasión. De fiesta, más bien. —Sonrió pícaramente a su amiga.

—Es vecino del bloque, hace poco que se ha mudado. Y resulta que vamos al mismo gimnasio. Así que de eso se conocen estos dos... comparten maquinaria en el *gym*.

—Encantada, que aún no nos habíamos presentado formalmente. —Patri se puso de pie y le dio dos besos—. Puedes sentarte, no te vamos a cobrar —bromeó.

Lucas sonrió tímidamente y le hizo caso, sentándose en la silla que había junto a Carolina.

—¿Qué tal? —preguntó mirándola.

—Bien, ¿y tú?

—Ahí voy...

El camarero se les acercó para tomar nota y, al igual que las chicas, pidieron unos cafés. Durante un rato estuvieron charlando, aunque más bien eran Patri y Jorge los que hablaban y ellos los miraban y asentían o contestaban con monosílabos. La situación era algo tensa. No habían vuelto a verse desde la tarde del “incidente” con Diego.

—No me coges las llamadas —dijo Carol casi en un susurro para que no la escucharan ni su amiga ni su hermano.

—Estoy muy liado con el trabajo —contestó en el mismo tono.

—Tampoco me contestas los mensajes.

Silencio. Tensión. Más silencio.

—¡Chicos! —Patri los sacó de su burbuja—. Que si queréis algo más.

—Yo no, gracias. Tengo que marcharme.

Poniéndose de pie, Lucas soltó varias monedas sobre la mesa.

—Coge eso, anda —dijo Jorge—. Hoy invito yo.

—Pues muchas gracias.

Lucas recogió las monedas, se las metió en el bolsillo y chocó la mano con Jorge. Se despidió de las chicas con un escueto adiós.

—Vuestro vecino es un poco rarito —dijo Patri.

—Es muy buen tío. Se habrá cortado —explicó Jorge.

Sí, sobre todo cortado. Estaba claro que no se sentía cómodo con Carol allí, pero eso ella no iba a decirlo.

—Eso sí, es guapísimo.

—¿Tengo que ponerme celoso? —preguntó Jorge, haciendo que a Patricia le entrara la risa floja y le subieran los colores.

Después de un rato más de charla, los tres juntos se encaminaron hacia el edificio donde vivían los hermanos.

—Bueno, chicos, me subo ya que me duele horrores la cabeza. Aquí os quedáis —dijo Carol entrando en la portería del bloque.

Estaba deseando llegar a su casa, meterse en la cama y taparse con el nórdico para ver si así dejaba de pensar en Lucas y sentirse tan mal.

—Que descanses, hermanita. —Jorge le dio un beso en la frente. Siempre tan protector.

—Mañana hablamos —le dijo Patri, dándole un abrazo.

—Está bien. Adiós.

Y, sin mirar atrás, subió a toda prisa hasta el segundo. Se metió en su piso, se puso el pijama y se metió en la cama dispuesta a regodearse en su culpabilidad; en vez de enfrentarse a Lucas para pedirle y darle explicaciones.

Mientras tanto, a veinte minutos de allí, Diego pensaba cómo dar el paso con Carolina para volver a estar con ella. Al guapito del vecino ya se lo había quitado de en medio, ahora solo faltaba que Carol volviera a caer en sus brazos, y todos tan felices.

¿Habrían tenido algo entre los dos? Pensar aquello hacía que le hirviera la sangre. No le gustaba pensar que Carol había estado en brazos de un hombre que no fuera él. ¡Con lo bien que se lo pasaban ellos en la cama! Pero ahora tenía que ir despacio, volver a ganársela, no agobiarla mucho para que no pensara que estaba desesperado.

¿Desesperado por volver a estar con ella? Eso parecía...

16. Jorge y Patricia I

—¿Qué mosca le ha picado a mi hermana? —preguntó Jorge cuando Carolina desapareció escaleras arriba.

—Pues no sé...

—Lleva rarita toda la tarde.

—Estará cansada, nada más. Además, ha dicho que le dolía la cabeza.

—Sí, será eso —dijo no muy convencido—. Patri, ¿te apetece una copa en mi piso?

A Patricia se le aceleró el corazón y se le puso la piel de gallina. Jorge conseguía eso tan solo con respirar a su vera.

—¿Una copa? ¿En tu piso?

Jorge sonrió de medio lado. Aquella maldita sonrisa que a ella tanto le gustaba, pero no pensaba confesar jamás. ¿Cómo iba a decirle a su mejor amiga que estaba loquita por los huesos de su hermano?

—Una copa. En mi piso —repitió él.

Patri lo pensó unos segundos más y, finalmente, aceptó.

Jorge se sintió en una nube cuando oyó que Patricia aceptaba su invitación. Era un tío guapo, de los que llaman la atención cuando van por la calle. De los que tienen a la tía que quieren, cuando quieren y donde quieren. Ese era Jorge, un abogado macizorro, al que no solo su trabajo se le daba bien... Pero a él, a pesar de todos los ligues que tenía, había una chica que le llamaba realmente la atención: Patricia, la mejor amiga de su hermana. Pero ¿cómo decirle a Carol que se sentía atraído por su mejor amiga, y no solo en el plano sexual?

Aunque para qué mentir, Patricia era una mujer muy atractiva y a él le encantaría tenerla bajo sus sábanas para perderse entre sus piernas.

—Adelante —dijo al abrir la puerta.

A pesar de los años que hacía que se conocían, Patri no había entrado nunca al piso de Jorge. Más por miedo de caer rendida en sus brazos, que por otra cosa.

—Muy acogedor. —Fue lo único que acertó a decir.

—¿Un *gin- tonic*?

—Sí, por favor.

Preparó dos copas en lo que Patri echaba un vistazo al salón--comedor. No podía negar que aquello era un piso de soltero. Le faltaba el toque femenino, sin lugar a dudas.

—Toma, espero que te guste así. —Jorge le ofreció una de las copas.

Patricia se la llevó a la boca para probarla.

—Está perfecto, gracias. —Sonrió como una boba, la que no era normalmente. La chica atrevida, directa y decidida desaparecía frente a Jorge para dar paso a una más tímida.

Él no pudo evitar recrearse en los labios de la chica mientras esta probaba el *gin- tonic* que él había preparado. ¿Debía hacerle una proposición indecente? Nada le apetecía más, pero ¿y si lo rechazaba?

Durante un rato, sentados en el sofá, mantuvieron una charla superficial sin centrarse en ningún tema en concreto.

—Debería marcharme ya —dijo Patri al terminar su copa—. Gracias por el *gin- tonic*.

—Ha sido un placer.

Jorge volvió a sonreír de medio lado y ella sintió cómo su sexo palpitaba, pidiendo a gritos un poco de atención. La acompañó hasta la entrada y, cuando ella fue a abrir la puerta, puso su gran mano sobre esta.

—Patri, no te vayas todavía.

Aquello pareció casi un ruego. De nuevo, el corazón a mil por hora.

—Es que yo...

No pudo decir nada más. Jorge se abalanzó a sus labios y le dio un beso profundo y abrasador en el que sus lenguas se tocaron, probaron, conocieron y se gustaron. A él comenzaron a picarle las palmas de las manos, sintiendo la necesidad de tocar el cuerpo de aquella preciosa mujer que tenía delante y que, tantas veces antes, había querido tocar. Así que, arriesgándose, comenzó a quitarle la chaqueta que ya se había puesto Patricia. Ella, viendo por donde iba la cosa, se dejó hacer, deseosa de conocer a Jorge íntimamente. Dejaron de besarse para dejar caer la prenda al suelo.

—Jorge... tengo el corazón a mil —le confesó.

—Cualquier cosa que acelere tu corazón, vale la pena hacerla.

Y aquellas palabras bastaron para que Patricia perdiera los miedos y la vergüenza y devorara la boca del hermano de su mejor amiga, sin importarle nada, ni nadie.

Sin dejar de besarse, Jorge la guio hasta el dormitorio. Allí la placó entre el armario y su torso y metió sus manos bajo el jersey.

Patri sintió que no había ni un solo poro de su piel sin erizar. Aquellas manos eran pura magia encima de su cuerpo. Y la cosa no se había puesto interesante aún. O sí...

Jorge deslizó las manos por los costados de Patricia, haciendo que esta subiera los brazos y le facilitara quitarle el gordo jersey de invierno que llevaba puesto. Disfrutó de la vista de tenerla frente a él tan solo con un sujetador de encaje negro. Cuando pasó las manos por sus pechos, ella suspiró, y entonces Jorge quiso más. Con pericia, desabrochó la prenda y la dejó caer al suelo. La visión que tenía delante lo enloqueció, estaba duro como una piedra. Su mástil le pedía a gritos que lo liberara de los vaqueros. Apretaba su erección al vientre de ella. Tenía alteradas sus terminaciones nerviosas tan solo al rozarse con aquella mujer.

Patricia tiró de la camiseta para quitársela. Disfrutó observando al hombre hercúleo que tenía enfrente dispuesto a complacerla y eso no podía desaprovecharlo. Acariciaba la espalda de Jorge con las yemas de sus dedos, haciendo que este se volviera loco. La cogió a pulso, manoseando sus nalgas aún sobre los vaqueros.

—Patri... Patri... —consiguió decir cuando ella mordió lascivamente su cuello.

La tumbó en la cama y le desabrochó los vaqueros, bajándoselos a la vez que las bragas y dejándola totalmente desnuda y expuesta ante él. Aquellas maravillosas vistas lo enloquecieron. Se quitó la ropa que le quedaba puesta y, totalmente desnudo, hizo una perfecta flexión con sus codos para quedar pegado al cuerpo de ella sin echar todo su peso encima.

Comenzó a besarla enardecido. Devoró su boca y después siguió con su delicado cuello, consiguiendo que ronroneara. Aquellos besos y aquellas caricias sabían incitar la excitación de Patri, que ya estaba totalmente húmeda para él. Su miembro, duro como el acero, pedía a gritos meterse en las entrañas de aquella preciosa mujer, pero quería darle todo el placer posible antes de hundirse en su cuerpo. Así que, con un reguero de pequeños besos, serpenteó hasta sus pechos y se entretuvo con sus pezones.

—Ah... —gimió Patricia.

Jorge lamió y chupó con pericia cada pezón como si de una delicada cereza se tratase. Tras

unos minutos, bajó hasta su ombligo, dejando marcado a fuego un camino que había trazado con la punta de su lengua. Lo que más le apetecía era probar el maravilloso manjar que ella escondía entre sus piernas. Perderse en el triángulo de placer de Patricia era lo que deseaba desde hacía ya mucho tiempo. Acarició los muslos con las manos bien abiertas y, abriéndole las piernas, se paró a contemplar su sexo. Acercándose a él, sopló suavemente, haciendo que ella encorvara su espalda y se agarrara con fuerza a las sábanas.

—Jorge... —jadeó.

—Déjate llevar, preciosa. Disfruta...

Su miembro palpitó en el mismo momento en el que probó el dulce elixir que Patricia tenía entre las piernas. Abriendo sus labios íntimos, dio un fuerte lametón a todo lo largo de su sexo, haciendo que ella gimiera.

—Oh, Dios...

Jorge movía su lengua con pericia entre sus pliegues y esta calmaba el fuego interno que sentía Patricia. Jugó con su abultado botón, dando pequeños toques con la punta de la lengua que casi la hicieron llegar al clímax. Pero Jorge se apartó, volvió a soplar entre sus labios y reptó por su cuerpo hasta besarla.

—Así de bien sabes —dijo después de besarla.

Aquello volvió loca de placer a Patri que, con un solo movimiento, se puso encima, dejando a Jorge bajo su cuerpo.

Se entretuvo en su varonil cuello. Lo besó, lo lamió y lo mordió, haciendo que él se incendiara. Poco a poco, bajó hasta su bajo vientre acariciando el perfecto torso de piel morena y abdominales definidos. Cuando tuvo el falo de Jorge delante de ella, sopló muy despacio, de la misma forma que lo hizo él minutos antes.

—¡Madre mía! —gruñó Jorge.

Aquello hizo sonreír a Patri que, muy lentamente, rozó el pene de Jorge con la punta de su lengua. La movía de arriba abajo, siguiendo las venas que lo surcaban. Jorge, mientras tanto, boqueaba como un pez, sintiendo que iba a estallarle el miembro en cualquier momento. Jamás se había sentido tan excitado con una mujer.

—¿Tienes preservativos? —preguntó Patricia.

Sin hablar se incorporó, abrió el cajón de la mesita y sacó uno de la caja. Se lo puso con rapidez y, volviéndose a poner arriba, colocó la punta en la entrada de la vagina.

—¿Preparada?

—Más que nunca.

Y, sin más, la penetró muy despacio hasta estar completamente hundido en ella.

—Ah... —gemía Patri.

Jorge se volvió loco. Sentir que el sexo de Patri lo succionaba de aquella manera iba a hacer que no aguantara mucho más. Durante unos minutos entraba y salía, al principio despacio, pero terminó con salvajes estocadas que hicieron que la explosión del orgasmo se apoderara de los dos. Casi sin resuello, él apoyó la frente en el hueco entre la garganta y el hombro de Patri, que le acariciaba el pelo sin hablar mientras él aspiraba el delicioso aroma de su cuerpo. Cuando recuperaron el aliento fue Patri la que empezó a hablar.

—Jorge.

—¿Uhhh? —Seguía con los ojos cerrados y la voz apenas le salía de la garganta.

—Menuda locura acabamos de hacer, ¿no?

Se incorporó con rapidez, sentándose en la cama.

—¿Por qué dices eso?

—Tú, yo, lo que acaba de pasar...

Empezó a mover las manos con nerviosismo y Jorge se echó a reír.

—¿Sabes qué te digo? Que puede que sea una locura, pero el mundo está lleno de locos, y a lo mejor nosotros somos dos de ellos —contestó sin parar de reír, contagiando a Patricia.

—¡Viva la locura! —soltó levantando los brazos.

Eso hizo que sus pequeños pechos se movieran y los ojos de Jorge se fueron directos a ellos. Cabían en su mano y eso, para él, era perfecto.

—Mi abuelo siempre decía: “Hagas lo que hagas, saca aprovechamiento” —dijo Jorge.

—Tu abuelo era un hombre muy inteligente.

—Sí que lo fue. Así que, yo pienso hacerle caso...

Se abalanzó sobre ella, besándola con absoluta pasión, cosa que aceptó encantada. La besó por todo el cuerpo, no se le escapó ni un solo rincón de su piel y, mientras tanto, Patricia estaba encantada porque Jorge había conseguido saber llevar su boca allá donde ella se estremecía.

Y así, revueltos entre las sábanas, disfrutaron de una maravillosa noche de placer, llenando de pura lujuria aquella habitación...

17. Una retirada a tiempo

Carolina sentía que su vida avanzaba o se quedaba estancada, según en quién pensara. Durante las semanas siguientes, apenas tuvo contacto con Lucas, cosa que la entristecía. No entendía cómo un malentendido los había llevado a no dirigirse la palabra, excepto algún “buenos días” de rigor y por educación si por la mañana se habían cruzado en la escalera. ¿Le estaba queriendo decir algo el destino? ¿Le estaba poniendo a Diego en bandeja, por segunda vez, y por eso era mejor olvidarse de Lucas? Pero, por alguna extraña razón, no conseguía sacarse a su vecino de la cabeza. ¿Se habría pillado por él, cuando ella pensó que era solo sexo?

Diego picó a la puerta una tarde de sábado del mes de marzo. Llevaban casi tres meses viéndose, quedando de vez en cuando para tomar café o picotear algo en su bar favorito. Cierto era que se sentía a gusto cuando estaba con él, pero algo había que no terminaba de sentirse cómoda a su lado.

—Hola, Diego —dijo al abrir la puerta.

—Estás preciosa. —Se acercó y le dio un cálido beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de su boca.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—He traído una botella de vino blanco.

—No tenías que haberte molestado. La meteré en la nevera.

Carolina guardó la botella y, al volver al salón, se encontró con Diego acomodado en el sofá, sonriendo de oreja a oreja. Seguramente él se sentía en casa, pero Carol sentía que invadía su espacio personal, el que un día fue de los dos y que, por decisión de él, terminó siendo solo suyo.

—¿Café?

—Está bien. Venga, que te ayudo.

De un salto se puso de pie y juntos fueron a la cocina. Mientras Carol preparaba la máquina del café, Diego sacó un par de tazas y unas cucharillas. Imaginó que seguían en el mismo lugar que cuando él vivía allí, y no se equivocó. De espaldas, Carol notó como Diego se acercaba a ella lentamente. Dio un respingo cuando sintió sus manos en las caderas.

—Qué susto me has dado —dijo girando un poco la cabeza.

—No te asustes. Sabes que no muerdo...

Diego hundió la nariz en el terso cuello de Carol y esta cerró los ojos. Sintió el aliento en su piel y se le puso el vello de punta. Al no ser rechazado, continuó moviendo sus manos hasta terminar rodeando la cintura de Carol y pegarla a su pecho.

—Diego...

—¿Qué? —le susurró al oído mientras aprisionaba el lóbulo de su oreja con los labios.

—Para... Diego...

—Tú cuerpo no me pide lo mismo.

—Tomémonos el café. La máquina está lista.

—Que le den al café.

Siguió torturándola unos segundos más con sus labios alrededor del cuello y las orejas. Sabía que aquello la volvía loca.

—No... Primero el café.

Diego suspiró. Se apartó de ella y salió de la cocina alborotándose el pelo. Quería estar con

Carol. Quería hacerla suya y volver a sentir su humedad. Ella le daba pares y nones y no sabía qué más hacer. Llevaba semanas quedando con ella sin intentar absolutamente nada por miedo a ser rechazado y, cuando por fin se atrevía, ella le decía que lo mejor era parar para tomarse un café. En fin, en ese momento se quedaba con las ganas, pero más tarde lo volvería a intentar.

Ya sentados en el sofá, frente a las tazas de café y un delicioso bizcocho que había preparado Carol, conversaban tranquilamente cuando oyeron movimiento en la escalera.

—Qué vecinos más escandalosos tienes —bromeó Diego.

—Sí, parece que suben o bajan varias decenas de personas.

Unas risas se escucharon a través de la puerta y una dulce vocecilla hizo que Carol se pusiera en alerta.

—Parece Martín.

—¿Martín? ¿El Martín de tu hermana?

—El mismo —dijo a la vez que se ponía de pie y se dirigía a la puerta.

Se acercó a la mirilla y, efectivamente, vio a su sobrino. Pero no solo a él, también a Lucas, que lo llevaba montado en los hombros y a su hermana partida de risa mientras charlaba con una chica. No se lo pensó, abrió la puerta.

—¡Tita! —gritó el pequeño cuando la vio, echándole los brazos.

—Hola, corazón de melón.

Lucas se acercó a ella y se agachó para que pudiera coger a Martín. Este cerró los ojos en el mismo momento en el que olió su perfume. Aquel que tantas veces había notado mientras hacían el amor, y tan loco lo volvía.

—¡Carol! —exclamó sonriendo Sonia—. Salíamos de casa cuando justo también lo hacía Lucas y, como siempre, Martín quería que lo cogiera.

—¡Caballito! —le dijo el niño a su tía.

—Lucas se ha puesto a trotar por las escaleras y a él le ha encantado —continuó explicando su hermana entre risas.

Carolina apenas escuchó la explicación que le estaba dando Sonia. Solo estaba pendiente de aquella chica rubia y callada que los acompañaba. Le sonaba de algo, pero no podía poner en pie de qué. Seguramente sería del barrio.

—Ella es Nuria —dijo Lucas, leyéndole el pensamiento.

—Hola —saludó la chica alzando la mano y sonriendo, sin moverse del sitio.

—Hola. —Carol forzó la sonrisa.

¿Quién era esa? ¿Un ligue de Lucas?

—¿Dónde vas con la maleta? —preguntó a su hermana.

—No es mía, es de ellos. Se marchan de viaje —contestó Sonia.

—Sí, y tenemos que irnos ya —dijo Lucas—. El avión sale en unas horas.

¿Así que tenía nuevo ligue y encima se iban juntos de viaje? Notaba cómo la sangre comenzaba a hervirle dentro de su cuerpo.

—Hola. —Diego se acercó a la puerta y los saludó.

—¿Diego? —Sonia se quedó helada al ver al que fue su cuñado durante varios años y que tanto daño le hizo a su hermana pequeña.

—¿Qué tal, Sonia? —Se acercó y le dio dos besos.

A Lucas se lo comían los demonios. Otra vez ese tipo en el piso de Carolina. Al final iba a resultar que era verdad que se habían dado una segunda oportunidad. ¡Qué cabrón! Encima él le hizo caso y se alejó de Carol, dejándole el camino libre.

—Lucas, ¿vamos? —interrumpió Nuria sus pensamientos.

—Sí, sí. Hasta luego —dijo despidiéndose de Carol.

—Adiós, que lo paséis muy bien —dijo con retintín.

—Luego hablamos, hermana.

Carol asintió con la cabeza y Sonia le dio un dulce beso en la mejilla. Cogió al pequeño Martín en brazos y siguieron bajando las escaleras. No le pasó desapercibido que Diego tenía su mano en la cintura de Carol. ¿Aquellos dos volvían a estar juntos? ¿Desde cuándo, si a ella no le había dicho nada?

—¡Ah! —dijo en voz alta cuando pensó que el chico misterioso con el que quedaba su hermana era Diego.

—¿Pasa algo? —preguntó Lucas.

—No, tranquilo —respondió llegando abajo—. Bueno, chicos, pasadlo muy bien. Nuria, encantada de conocerte. Y tú —se dirigió a Lucas—, a ver si traes más a menudo a tu hermana, que es una chica encantadora.

—Muchas gracias —agradeció la chica, poniéndose colorada como un tomate.

—Buen viaje y disfruta de la familia.

—Gracias, vecina.

Lucas se acercó a su vecina y le dio un cariñoso beso. Estaba deseando coger el avión para estar con su familia los días que tenía de vacaciones de Semana Santa.

—De nada, guapo. Disfruta mucho.

—Adiós, campeón —dijo alborotándole el pelo a Martín—. Choca esos cinco.

El pequeño chocó la mano, como tantas otras veces había hecho, y sonrió encantado. Lucas y Nuria se alejaron para coger el coche de este y Sonia y Martín se dirigieron a casa de los abuelos a pasar la tarde.

Mientras tanto, en su piso, Carol estaba muerta de celos por haber visto a Lucas con otra chica. Aquello hizo que, la segunda vez que Diego intentó un acercamiento, se dejara llevar por la situación. Comenzó con un tímido beso, y como Diego vio que no se apartó, volvió a besarla, esta vez con más efusividad. Carol abrió un poco la boca para dejar que la lengua de Diego entrara. No estaba sintiendo lo mismo que cuando besaba a Lucas, pero no le desagradaba. Ya conocía esos labios, esa lengua y esas manos que ahora recorrían su espalda dispuestas a subirle la camiseta y desprenderla de ella.

—Cómo me pones —dijo Diego mientras le quitaba la prenda.

Carolina no contestó. También se estaba excitando, pero no de la misma forma que lo hacía con Lucas. Y eso que hacía meses que no se acostaba con él (ni con nadie). Se enfadó con ella misma por no quitárselo de la cabeza y devoró la boca de Diego con desespero. Este, viendo que Carol reaccionaba así, la tumbó en el sofá colocándose encima, y volvió a comerle la boca. Le manoseó los pechos por encima del sujetador hasta que notó sus pezones erizados. Entonces, deslizó la tela hacia abajo y hundió la boca en uno de ellos, succionándolo. Aquello le gustó a Carol y lo invitó a volver a hacerlo, cogiéndole la cabeza y apretándosela contra su pecho. Diego aprovechó y los devoró con lascivia, se recreó en cada uno de ellos mientras comenzó a bajar su mano hasta la cinturilla del pantalón. Con una sola mano desabrochó el botón de los pantalones y bajó la cremallera para después meter la mano dentro de las braguitas.

—Estás mojada... —dijo lamiéndole el lóbulo de la oreja.

Lo estaba, era cierto. Pero seguía sintiendo que no lo estaba como últimamente había sentido.

¡Maldita sea! Quería disfrutar y olvidarse de todo.

Se dejó desnudar por completo y ella hizo lo mismo con él. Lo miró detenidamente. Aunque parecía increíble, se había olvidado de cómo era el cuerpo de Diego.

—Soy todo tuyo —le dijo besándola de forma abrasadora.

Desnudos en el sofá, se sentó a horcajadas sobre él y restregó su sexo en la dura excitación.

—¿Tienes un condón?

—En la cartera.

Fue Carol la que lo cogió, abrió y colocó. Y, sin más preliminares, la colocó en su entrada y se empaló de una sola vez.

—Joder... —gruñó Diego.

Carolina se movía en su regazo, subía y bajaba sin parar mientras Diego recorría su cuello, llenándolo de besos y pequeños mordiscos. Sentir su aliento cálido la excitó, cerró los ojos y se dejó llevar por aquella placentera sensación. Necesitaba correrse. Necesitaba follar con otro tío para reafirmar que lo de Lucas había sido solo una aventura y que no le importaba lo más mínimo con quién pudiera estar él. Aquello era agua pasada.

Con las manos de Diego en su cintura, no dejó de cabalgar, clavando las rodillas sobre el asiento del sofá.

—Sigue, pequeña —pedía Diego casi con un ruego.

Carolina gemía. No hablaba, no miraba a Diego a los ojos. Solo intentaba disfrutar de aquel polvo rápido en el sofá de su piso. Comenzó a acariciar su clítoris para llegar antes al orgasmo.

—Deja que sea yo el que te toque.

Diego apartó su mano y fue él el que masajeó su hinchado botón. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, dispuesta a dejarse llevar de una vez por todas.

—Córrete, pequeña.

Y, poco después, haciéndole caso, Carolina se dejó llevar por un orgasmo que, a pesar de haber sido placentero, no había sido de los mejores que había tenido en su vida. Diego lo hizo segundos después. Durante varios minutos permanecieron en silencio, recuperando el aliento. Carol se retiró y se dirigió al baño. Diego la siguió.

—¿Estás bien? —preguntó apoyando el hombro en el marco de la puerta.

—Sí, ¿por qué?

—Estás muy callada.

Tenía razón. No tenía ganas de tener ninguna conversación poscoital con él. Es más, quería que se fuera de allí. Aquello no debería haber pasado. Diego se acercó por detrás y acarició su cuello con la punta de su nariz. Carolina inclinó la cabeza para que se apartara y sus ojos se cruzaron a través del espejo.

—¿Qué pasa, Carol?

—Nada.

—¿No te ha gustado?

—No es eso.

—¿Entonces?

Carol no contestó, terminó de lavarse y se dirigió al comedor a por su ropa. Cuando Diego se aseó, hizo lo mismo que ella.

—¿Es por tu vecino?

—¿Qué? —Carol se sorprendió por aquella pregunta.

—¿Estás así por el vecino guaperas? Has echado un polvo conmigo, pero has estado pensando

en él, ¿no?

Carol abrió los ojos de par en par. Agachó la cabeza para recoger los pantalones y no contestó. Tampoco hizo falta.

—El que calla, otorga. Y tú ya me lo has dicho todo...

En las palabras de Diego no había enfado. Tampoco rabia. Más bien era pena.

—Lo siento, Diego. Yo...

—No te preocupes. No tienes que darme ninguna explicación. Sé perfectamente cuándo retirarme, y este es el momento. Sé que en su día te hice daño y después de encontrarnos aquella tarde por la calle, pensé que aún podía haber algo entre nosotros, pero está claro que no. El guapito del vecino se ha ganado tu corazón. —Sonrió de medio lado y aquello hizo que Carolina también lo hiciera.

—Espero que seas muy feliz, Diego.

—Tú también, Carol.

Abrió la puerta para marcharse, pero antes de hacerlo, se giró hacia Carol.

—¿Volveremos a vernos?

—Quién sabe... A lo mejor algún día...

Asintió y, sin más, Diego cerró la puerta. Cerrando así una etapa de la vida de ambos. Ahora estaba claro que andarían por caminos separados.

18. Un clavo saca otro clavo

Lucas llevaba un par de días con su familia y no había sido capaz de quitarse de la cabeza a Carolina. Verla con Diego le revolvió las tripas y los celos se lo comieron por dentro.

—¿En qué piensas, hermanito? —Nuria interrumpió los pensamientos de su hermano.

—En nada —mintió.

—Esta noche hay una fiesta en el Boulevard, ¿te apuntas?

—Me lo pensaré.

—Anímate, nos lo pasaremos genial.

Nuria besó a su hermano en la cabeza y salió del comedor.

Varias horas después, los dos hermanos caminaban juntos mientras hablaban animadamente camino del Boulevard, donde se celebraba una fiesta con música de los años noventa.

—Conocer esas canciones hace que me sienta viejo —bromeó Lucas.

—¡Anda, ya! Será divertido.

—Seguro que sí, pero vamos camino de ser unos puretas y eso no lo podemos remediar.

—Oye, habla por ti. Yo estoy en la flor de la vida.

Cuando llegaron, la fiesta ya estaba de lo más animada. Allí coincidieron con varios amigos de la infancia de Lucas y, junto a varias amigas de Nuria, formaron un grupo que no paró de bailar, tomar copas y pasarlo en grande. Cuando sonó la canción de Ricky Martin, *Livin' la vida loca*, Nuria se vino arriba y no dejó de contonear su cuerpo junto a una chica que Lucas no había visto nunca. No podía ser amiga de su hermana porque él las conocía a todas. Entonces, ¿por qué bailaban con esa confianza?

Se quedó mirando a aquella guapa pelirroja. La verdad es que era preciosa. Movía su cuerpo al son de la música y cantaba a voz en grito junto a su hermana. Cuando terminó la canción, su hermana se acercó a él, llevando de la mano a la chica.

—Laura, te presento a Lucas, mi hermano —le dijo al oído—. Ella es Laura. Es enfermera en el hospital donde trabajo —le explicó a él al oído.

—Encantado.

Lucas se acercó y le dio dos besos.

—Igualmente, guapo.

—Voy a por unas copas, cuídamela —dijo Nuria a Lucas, dejándolo allí junto a Laura.

—Así que eres el hermano de Nuria —habló la pelirroja para romper el hielo.

—Eso es.

—Me había dicho que tenía un hermano, pero se le había olvidado mencionar lo guapo que eres.

Lucas abrió los ojos como platos y Laura se echó a reír. Desde luego, no esperaba que la chica le dijera algo así. Era lanzada, pero aquello no le disgustó para nada.

—Gracias. Tú también eres muy guapa.

—Gracias.

Laura se acercó a él contoneando sus caderas y bailando al son de la música.

—Baila conmigo en lo que viene tu hermana.

Se dejó llevar por ella y se echó a reír cuando toda la sala gritó al empezar a sonar uno de los

mayores éxitos de Locomía.

—¿Pero esto es verdad? —preguntó muerto de la risa mientras Laura se movía imitando a los integrantes del grupo, como si tuviera un abanico en la mano y moviéndose de un lado al otro.

—¡Venga, baila! —Le animó ella—. Confiesa que te sabes la canción igual que yo y todos los que estamos aquí.

—¿Y esto cómo se baila? —preguntó mientras seguía riendo.

Laura se acercó, rodeó la cintura de Lucas y lo acercó a ella. Lucas notó los pechos de la chica en su torso y aquello le hizo sentir una corriente por la espalda. Ella lo miraba divertida mientras él se dejaba llevar. Después, la voz de Chayanne hizo acto de presencia en la sala y todo el mundo cantó a voz en grito el estribillo de *Salomé*. Nuria volvió con las copas y, al ver a su hermano tan entretenido con Laura, se quedó con sus amigas y siguió bailando con ellas. Prefirió no interrumpirlos.

Laura y Lucas bailaban una canción tras otra. Unas veces más juntos, otras más separados. Aunque Lucas, a esas alturas de la noche, prefería bailar bien pegado a ella. Aquella chica, junto a su desparpajo y su atrevimiento, habían conseguido que se olvidara de Carolina durante unas horas.

—Te invito a una copa —dijo la pelirroja cuando terminó una de las canciones.

—Deja que te invite yo —contestó Lucas.

—Ni hablar. He dicho que te invito yo —insistió la chica.

—Como prefieras. —Levantó las manos en son de paz y ella se echó a reír.

Cuando tuvieron las copas en la mano, se apartaron un poco del bullicio y se apoyaron en la barandilla de una de las terrazas. A pesar de que la primavera acababa de llegar y que llevaban poca ropa encima, no hacía frío ninguno.

—Llámame loca, pero cuando salió esta canción, yo aún no había nacido. Así que no puede ser de los noventa.

Hijo de la luna, de Mecano, sonaba por los altavoces a la vez que la gente bailaba lentamente, relajándose así tras el subidón de las canciones anteriores.

—Si no me equivoco es del 84.

—Lo dicho, no había nacido aún.

—Y, si no es mucha indiscreción... ¿en qué año naciste?

—Tres años después.

Lucas asintió con la cabeza y bebieron de sus copas. Durante unos minutos, hablaron animadamente, conociéndose un poco el uno al otro.

—Así que eres profesor... Qué morbo —dijo Laura levantando las cejas, haciendo reír a Lucas—. No serás de esos que se ponen gafas para corregir los exámenes, ¿no?

—Pues sí. ¿Algo que objetar? —preguntó divertido.

—¡Dios mío! ¡No sabes cómo me pone eso!

Los dos se echaron a reír con ganas. Hacía rato que sus cuerpos estaban muy juntos, pero no fue hasta la fricción de sus brazos con la risa cuando se dieron cuenta de ello, y se miraron a los ojos. Lucas vio en los de Laura que esta le pedía dar un paso más, pero en ese momento, decidió no darlo.

—Volvamos dentro, me encanta esta canción —dijo ella al darse cuenta de que él no sabía qué hacer.

Lambada sonaba en la sala, haciendo que los allí presentes se volvieran locos de nuevo y disfrutaran del sensual baile. Laura aprovechó para acercarse a Lucas mientras movía sus

hombros y sus caderas totalmente acompañados. Esta metió una de sus piernas entre las de Lucas, apretando así sus cuerpos. Cogió la mano de él y la colocó donde la espalda pierde su nombre y ella rodeó su cuello con sus brazos.

—Déjate llevar... —susurró en su oído. Haciendo que a Lucas se le erizara la piel.

Aquella mujer era puro fuego. Un volcán dispuesto a erupcionar si él estaba por la labor. Y, tal y como estaba marchando la noche, su cuerpo le pedía meterse de lleno dentro de ese volcán. Bailaron muy pegados, totalmente acompañados, sin apartar la mirada el uno del otro, creando un ambiente lleno de tensión sexual.

Con un cambio total de registro, sonó la famosísima canción de Nek, *Laura no está*. El DJ pidió por micrófono que todas las chicas con ese nombre levantaran la mano, y más de una docena lo hicieron, entre ellas, la preciosa pelirroja que Lucas tenía a su lado, a la vez que cantaba la canción:

—*Y si te como a besos, tal vez la noche sea más corta, no lo sé...* —cantaba Laura sin dejar de mirar a Lucas a los ojos.

¿Era aquello una declaración de intenciones? Porque a él se lo parecía totalmente. Ella se le acercó sigilosamente, pegando sus cuerpos, sin dejar un solo espacio entre ellos. Laura rodeó el cuello de Lucas con sus brazos y se acercó para besarle. Él se dejó hacer, al principio algo parado, pero conforme se alargaba el beso, sus manos se fueron solas hacia el culo de la pelirroja. Estaba empezando a ponerse cachondo allí mismo.

—¿Nos vamos? —propuso Laura unos minutos más tarde.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Lucas sin apartarse mucho de ella.

—Vamos a mi piso. Allí estaremos más tranquilos.

Lucas asintió y, cogidos de la mano, la siguió hasta que se encontraron con Nuria.

—¿Dónde vais? —preguntó a su hermano, sin dejar de bailar.

—Me lo llevo —contestó Laura—. Pero tranquila, voy a cuidar muy bien de él.

Nuria abrió la boca de par en par y Laura se carcajeó. Se despidieron con un beso en la mejilla y los dos salieron de la mano del Boulevard. Esperaron unos minutos hasta que se montaron en un taxi que los llevó al piso de Laura.

Metidos en el ascensor, la pelirroja devoró la boca de Lucas con deseo. De un salto, entrelazó las piernas en su cintura sin dejar de besarlo. Él recibía encantado aquellos besos, aunque no pudo evitar que, en ese momento, Carolina apareciera en su cabeza. Cuando salieron del ascensor y Laura estaba abriendo la puerta, estuvo tentado de salir corriendo. Pero, tras caer en la cuenta de que vio a Diego con su vecina unos días antes, decidió tomar las riendas y se abalanzó sobre Laura, empujándola contra la pared y cerrando la puerta de una patada. Sus besos eran abrasadores. Se besaron como auténticos animales en celo, con las lenguas descontroladas dentro de sus bocas mientras se desnudaban a toda prisa. Laura lo guio hasta el dormitorio donde, ya desnudos, se dejaron caer y continuaron con los besos. Esta se tumbó sobre Lucas y mordisqueó su cuello con lujuria, haciendo que un jadeo ronco saliera de su garganta.

—Joder...

—Eso espero —susurró Laura con una sonrisa traviesa.

Con la punta de su lengua, recorrió el torso desnudo de Lucas hasta llegar a su ombligo, donde le dio un beso antes de seguir bajando hasta la entrepierna. Estaba duro como una piedra, llevaba semanas sin sentirse así. La última vez que estuvo con alguien fue con Carolina, con la que pensaba que tenía algo especial, pero se equivocó. Laura lo sacó de ese pensamiento en cuanto se metió su miembro en la boca. Los movimientos que esta hacía con la lengua le arrancaron un

ronroneo de puro gozo.

—Ah...

Con la mano sobre la cabeza de Laura, la invitaba a seguir entretenida con su mástil. Le gustaba lo que le estaba haciendo. Aquellos lametones y cómo se lo metía en la boca mientras lo miraba a los ojos, lo estaban volviendo loco. No quería correrse, así que se incorporó y se tumbó sobre ella, devorando sus pechos. Lamiendo, chupando y succionando sus pezones hasta dejarlos erectos.

—Más... —jadeó Laura.

Lucas se entretuvo en aquella zona. Amasó los pechos de Laura, los estrujó, los engulló de forma lasciva hasta que, queriendo probar más, le abrió las piernas de par en par, dejó expuesto su triángulo de placer y metió la cabeza entre ellas.

—Oh, Dios... —gimió Laura al sentir el primer lengüetazo.

Lucas lamió su hendidura de atrás hacia adelante, notando así el cálido sabor de su sexo. Metió un dedo en su vagina y poco después metió otro. Aquellos dedos se movían dentro de Laura con absoluta pericia a la vez que la lengua de Lucas no dejaba de darle pequeños toquitos en su hinchado clítoris. Lucas sentía cómo su mano se impregnaba del placer de Laura, que estaba totalmente excitada con las caricias que le proporcionaba.

—Fóllame, Lucas... —pidió la pelirroja casi en un ruego.

Lucas se incorporó y reptó por su cuerpo pasándose el dorso de la mano por los labios. Laura besó su boca con desespero, notando así el sabor de su sexo. Estirando el brazo, llegó hasta el cajón de la mesilla de noche, donde sacó un preservativo y se lo puso a Lucas con rapidez. Levantando sus caderas, arqueó su espalda bajo el cuerpo de él y se introdujo el duro mástil hasta lo más hondo.

—Ah... —gimió al notarlo dentro de ella, por fin.

Lucas la embistió varias veces, haciendo que Laura se agarrara con fuerza a las sábanas de su cama. La penetró con fuerza, con ganas, con rabia. En realidad quería estar enterrado entre las piernas de Carolina, su dulce Carolina, y en cambio lo estaba haciendo gozar, no lo hacía sentir como cuando estaba con Carol. Los intensos gemidos de Laura rebotaron contra las paredes del dormitorio y, sin dejar de bombear, la chica alcanzó el éxtasis. Lucas se dejó llevar poco después y los dos se dejaron caer en la cama, exhaustos.

—Lucas... —susurró Laura minutos después.

—Dime.

—Gracias por el polvo.

—Ha sido un placer.

Los dos se echaron a reír y se miraron, cómplices de aquel momento de placer que acababan de experimentar. Lucas se incorporó, se aseó en el baño y recogió su ropa para vestirse. No pretendía quedarse a dormir allí y, por lo poco que conocía a Laura, ella tampoco esperaba dormir acompañada.

—Hasta la próxima, guapo —se despidió Laura, apoyada en el marco de la puerta, justo antes de que Lucas le sonriera, entrara en el ascensor y desapareciera de su vista, sin saber si iban a volver a encontrarse otra vez. Cosa que, a ninguno de los dos le preocupó.

19. Jorge y Patricia II

—Sigue, Jorge... Ah... —gemía Patricia.

Apoyada sobre la encimera de la cocina de cintura para arriba, Jorge la penetraba desde atrás incesante. Aquella mujer lo iba a volver loco. Desde el primer encuentro no habían parado de fornicar cada vez que tenían ocasión.

—Madre mía... —decía Jorge roncamente en un intento de controlarse para no alcanzar el orgasmo antes que ella.

Tenerla en aquella postura, totalmente desnuda y con aquel maravilloso culo frente a sus ojos, iban a matarlo de placer.

—Más fuerte... —le pedía Patri, poniendo los ojos en blanco mientras sentía el duro pene de Jorge clavarse en lo más profundo de sus entrañas.

Este no se hizo de rogar y la penetró tal y como ella se lo había pedido. Patricia se tocaba para llegar más rápido al clímax. Sintió cómo su sexo se contraía en un espasmo de placer cuando lo alcanzó. Con las piernas temblando, Jorge la tuvo que rodear por la cintura para que no cayera al suelo y, seguidamente, él se dejó llevar por el orgasmo que le sobrevino, terminando apoyado sobre ella, los dos respirando agitadamente.

—Brutal —dijo Patricia entre resuellos.

—Me vas a matar —respondió Jorge dándole un mordisco en el cuello.

Los dos se echaron a reír, se incorporaron y fueron al baño a asearse.

Con la ropa interior puesta y una camiseta, se tomaban un café sentados en la alfombra del salón, frente al sofá, mientras hablaban.

—Jorge, tenemos que hablar.

Aquellas palabras aceleraron el corazón del chico. De repente sintió miedo de perderla. Miedo de que le dijera que no podían seguir viéndose.

—¿Sobre qué? —preguntó tontamente, tanteando el terreno.

—¿Cómo que sobre qué? Sobre lo que está pasando entre nosotros.

—¿Y qué está pasando entre nosotros?

—Tú me estás tomando el pelo, ¿no?

Jorge se inclinó y le hizo cosquillas.

—¡Para! ¡Jorge! Te estoy hablando muy en serio.

—Tú habla, que yo estoy aquí entretenido.

Quiso bajar la boca a sus deliciosos pechos, pero esta le puso la palma de la mano sobre la frente, impidiendo así que se acercara.

—Jorge, estoy hablando en serio.

Él suspiró y volvió a incorporarse.

—Adelante. —Hizo un gesto con la mano, invitándola a que empezara con la conversación.

—¿A dónde vamos a llegar con esto? Me refiero a que no podemos estar escondiéndonos siempre que queramos estar juntos.

—Pues dejemos de escondernos.

Sin duda, aquellas palabras sorprendieron a la chica.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Está claro, ¿no te parece? Patricia, quiero algo más contigo. No quiero solo sexo. Aunque

me encanta, no voy a mentirte. —Se echó a reír para quitarle un poco de tensión al asunto—. Quiero poder ir contigo de la mano por la calle, quiero que viajemos juntos, quiero salir a tomarme una copa y bailar muy pegado a tu cuerpo.

—¿Me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo?

—Madre mía, que manera de liarle. ¿Qué crees que estoy diciendo? —Puso los ojos en blanco.

—Jorge Márquez, el abogado macizorro, ganador de los casos más complicados y ligón empedernido, ¿me está diciendo que quiere salir conmigo?

—¿Todo eso soy? —Volvió a reír cuando ella asintió con la cabeza—. Sí, te estoy diciendo que salgamos juntos.

—¡Ay, madre mía!

—Patricia... ¿eso es un sí o un no?

—¿Cómo se lo vamos a decir a tu hermana? ¡Qué vergüenza!

Jorge no contestó. Se acercó a su boca y le dio un apasionado beso que la dejó desmadejada y con ganas de sexo sobre la alfombra.

—Olvídate de mi hermana, seguro que se alegra. Pero, mientras se van enterando de lo nuestro, vamos a alegrarnos tú y yo...

No se movieron de allí, sobre la alfombra se besaron y se desnudaron para volver a hacer el amor. Las caricias abrasadoras que Jorge le proporcionaba a Patricia, la volvían loca.

—Me encanta poder disfrutar de tu cuerpo —dijo besando su cuello con dulzura—, me encanta estar en tu interior. —Esta vez besó su clavícula—. Me encanta sentir cómo disfrutas conmigo y ver cómo te corres del gusto...

Sus besos bajaban despacio hacia sus pechos, donde se entretuvo un buen rato, haciendo que sus pezones se irguieran del gusto. Las grandes manos de Jorge la cogieron de la cintura e hizo que se acomodara sobre él. Patricia pudo notar su erección en la entrada de su sexo y tentada estuvo de meterla sin protección, pero se detuvo. A horcajadas sobre él, Patricia le devoró la boca con un beso nada plácido que revolucionó su cuerpo, sin querer esperar a sentirlo dentro de ella. En pocos segundos Jorge se levantó, se puso un preservativo y volvieron a estar en la misma posición que antes. Subió sus manos hasta casi llegar a sus pechos, acariciando el cuerpo de aquella bella mujer que le había dicho que sí a la proposición de empezar juntos una relación, y la penetró de una sola estocada.

—Oh...

—Mmm... —Jorge ronroneo cuando Patri tiró del lóbulo de su oreja

Aquellos encuentros eran muy placenteros y excitantes, y entre ellos saltaban chispas cada vez que tenían sexo. Patricia tomó el control de la situación, convirtiéndose en una auténtica amazona cabalgando sobre el miembro de Jorge, que se clavaba en ella una y otra y otra vez, haciéndola ver las estrellas con cada embestida. Jorge sentía cómo las paredes de la vagina se contraían de placer, haciendo que el suyo le sobreviniese antes de lo esperado.

—Como sigas así no voy a aguantar mucho más.

—Adelante —dijo ella, echando su cuerpo hacia delante para meterle uno de sus pechos en la boca. Jorge la tenía cogida de la cintura y no dudó en succionarlo con posesión.

—No pares... —pidió Jorge viendo que alcanzaría el clímax en poco tiempo.

Él se tumbó en la alfombra, dejando más espacio entre ellos para así poder acariciar el botón de placer de su chica y llevarla con él al éxtasis. Un par de minutos después, los dos se precipitaron a un divino orgasmo que los dejó desmadejados sobre la alfombra.

Un par de horas después decidieron darse una ducha y salir a cenar algo a una terraza cercana.

En lo que Patricia se terminaba de duchar y Jorge se secaba y vestía, llamaron al timbre.

—¿Quién será? —preguntó Jorge saliendo del baño y dirigiéndose a abrir la puerta.

—Hola, guapo. ¿Te he pillado en mal momento?

Carol apareció en el piso de su hermano y él se fijó en su cara, algo demacrada. ¿Tantos días llevaban sin verse que la encontraba tan desmejorada?

—Tranquila, acabo de salir de la ducha. Pasa. ¿Estás bien?

Carolina entró sin contestar y se tiró en el sofá.

—¿Alguna vez te ha gustado alguien, pero no te has atrevido a decírselo por culpa de tus miedos o inseguridades? —le preguntó a su hermano.

—Pues la verdad es que sí —dijo sin tapujos, recordando lo difícil que había sido dar el paso con Patricia.

—¿Sí? —Se incorporó mirando a Jorge sorprendida—. No esperaba esa respuesta de mi hermano.

—¿Y qué contestación esperabas? —preguntó curioso, sentándose a su lado.

—Mi hermano, el mayor *rompebragas* que conozco, diciendo que le ha gustado una chica y no se ha atrevido a decirlo.

—Bueno, así no es exactamente—. Se echó a reír.

—¿Qué no eres un *rompebragas*? ¡No lo dudes!

—No, boba. Que no es cierto que no me haya atrevido a decirlo.

Carolina se sorprendía a cada segundo que pasaba. Jamás le había conocido una relación seria a Jorge. Ninguna mujer le había durado más de unas pocas semanas.

—¿Me estás hablando en serio?

—Tan en serio como que tengo a mi chica en la ducha.

—¿¿¿Qué??? —Carolina saltó del sofá con cara de no creerse nada de lo que estaba escuchando.

—Siéntate. —La cogió del brazo e hizo que volviera a sentarse en el sofá—. Te digo que mi novia está metida en la ducha.

—¿Pero tú desde cuándo tienes novia?

—Desde hace unas horas.

—Desde hace unas horas... —pensó Carolina en voz alta, intentando asimilar lo que acababa de decir su hermano mayor—. ¿Me estás tomando el pelo? —interrogó al reaccionar.

Jorge negó con la cabeza.

—Llevo un tiempo viéndome con una mujer maravillosa, pero ninguno de los dos dábamos el paso para iniciar algo más serio.

Su hermana había aparecido en el momento justo para contarle lo suyo con Patricia. Así que se acercó al cuarto de baño, cogió a Patricia de la mano, que ya se había duchado y aguardaba allí metida a que se fuera Carolina, y la llevó hasta el comedor. Cuando Carol vio a su mejor amiga tapada con una simple toalla y el pelo mojado, no supo qué decir.

—¿Patri?

Carolina miraba a su amiga, esta a Jorge y Jorge a las dos.

—Hermana, te presento a mi novia, Patricia.

—¿Es una broma?

—¿Una broma? Esta chica y yo llevamos semanas viéndonos a escondidas y haciendo el amor como locos. Hace un rato hemos echado un polvo en esa alfombra y ahora nos hemos dado una ducha la mar de excitante...

—Joder, hermano —le cortó—, no me cuentes tus intimidades, que no me interesan —dijo Carol poniendo cara de asco.

—Me has preguntado si era una broma y yo te he contestado.

—Patri, ¿es cierto que estás con mi hermano? —dijo acercándose a ellos.

Su amiga asintió con la cabeza, poniéndose roja como un tomate.

—¿Estás enfadada? —consiguió preguntar la chica tras unos segundos de silencio.

—¿Enfadada? ¿Y por qué debería estarlo? Mi hermano y mi mejor amiga, ¿juntos? ¡Es para flipar!

Carol se echó a reír, en una mezcla de nervios e impresión. Y, la recién estrenada pareja, suspiró en silencio, cogida de la mano y mirándose con amor.

—Anda, vístete, que vas a coger frío —dijo Jorge a su chica, dándole una palmada en el culo.

Patricia se dirigió al dormitorio y Jorge se quedó en el salón con su hermana.

—Recuérdame que no vuelva a sentarme en esta alfombra, ¡jamás! —soltó Carolina.

Y los dos hermanos se echaron a reír.

20. Cortesía de la casa

Después de unos días en familia, Lucas volvió a la ciudad y a las clases en el colegio. Carolina no había tenido apenas días de descanso, ya que había muchísimo trabajo en la pastelería.

La tarde que bajó al piso de su hermano y se encontró allí con Patricia, se quedó de piedra cuando le dijeron que habían empezado a salir juntos. Se alegró inmensamente por ellos. Hacía mucho tiempo que entre ellos había un *feeling* especial.

Conversar con los dos le hizo mucho bien a Carol. Jorge se confesó con su hermana y le explicó que llevaba tiempo interesado en Patri, pero que no se atrevía a dar el paso por miedo a una negativa de ella. Aquello la hizo sonreír, jamás imaginó a su hermano enchochado por una mujer como lo estaba de Patri. Y a su amiga le pasaba exactamente lo mismo.

Así que ella no se sintió tan mal, ni tan sola, de pensar que se había colado por los huesos de su vecino y que había metido la pata al intentar un acercamiento con Diego que, estaba claro, no llevó a ninguna parte. Lo que sí tenía claro era que iba a intentar volver a acercarse a Lucas, pero esta vez, lo haría poco a poco, como debían haberlo hecho desde un principio.

La rutina diaria apenas les dejaba tiempo para otra cosa que no fuera el trabajo. Lucas iba al gimnasio cada vez que podía y Carol cuidaba de Martín cuando estaba libre, o quedaba con Patricia para tomar algo. Hacía varios días que Lucas había vuelto de su viaje, cuando se encontraron por primera vez en la escalera.

—Buenas —saludó Carolina al salir del piso de su hermana y encontrarse con su vecino.

Era hora de llevar a Martín a la guardería y Lucas salía hacia el trabajo.

—Hola, ¿qué tal? —habló Lucas dándole paso para que bajara las escaleras—. Choca, grandullón. —Le tendió la mano al pequeño y este se la palmeó.

El corazón de la chica latía con fuerza, tanto, que iba a reventarle el pecho. Lucas estaba más guapo que nunca. Se había dejado crecer la barba. Estaba perfectamente cuidada y recortada y tenía un aire realmente sexy.

Un incómodo silencio se apoderó del entorno mientras bajaban las escaleras completamente callados, aunque en realidad los dos querían decirse miles de cosas.

—Te queda muy bien la barba —dijo al final Carolina.

—Gracias. Ha sido por cambiar un poco.

—Pues te ha sentado bien el cambio.

Lucas sonrió a modo de agradecimiento y la dejó salir antes del edificio.

—Nos vemos. Adiós.

—Adiós.

Tomaron caminos diferentes, aunque sus mentes caminaban juntas, ya que el resto del día no dejaron de pensar el uno en el otro.

Aquella tarde, cuando Lucas entró a tomarse su café diario en la Pastelería Marquina, la chica que allí trabajaba le puso un plato con un *cupcake* y una galleta de mantequilla.

—Cortesía de la casa —le explicó Virginia.

—Y eso, ¿por qué?

—Órdenes de la jefa —susurró guiñándole el ojo.

—Pues dale las gracias de mi parte, ha sido muy amable por su parte.

Al girar la cabeza hacia la puerta del obrador, vio a Carol mirando a través del pequeño cristal redondo de la puerta. Vocalizó un “gracias” que hizo que Carol se pusiera roja como un tomate y sonriera como una pazguata. Un rato después, Virginia entraba en el interior de la pastelería con algo en la mano.

—Jefa, esto es para ti.

—¿Qué es?

—Me lo ha dado el chico guapo al que le he puesto el *cupcake* que me has dicho.

—Gracias, Vir —dijo cogiendo el papel.

—¿De qué os conocéis? —preguntó intrigada.

—Gracias, Virginia —respondió de nuevo.

—Joder, jefa. Siempre me dejas a medias.

Las dos se echaron a reír y, cuando Virginia hubo salido de allí, se paró a abrir la nota. Era la preciosa letra de Lucas:

Gracias por los dulces, estaban deliciosos. Lucas.

Siete. Siete simples palabras que hicieron que Carol trabajara con una sonrisa el resto de la tarde. Cuando se metió en la cama por la noche, le mandó un WhatsApp para decirle que se alegraba de que le hubiesen gustado los dulces que ella había elaborado. Enseguida recibió su respuesta y sonrió como una quinceañera enamorada.

Los siguientes días se repitió el mismo proceso: Lucas se sentaba, Virginia le preparaba el café de siempre, y se lo dejaba en la mesa junto a un *cupcake* y una galleta de mantequilla. Siempre, cortesía de la casa.

¿Qué quería decirle Carolina con ese gesto? ¿Estaba pidiéndole perdón por algo? ¿Quería que se volvieran a acercar? Sin duda, estaba consiguiendo romper la coraza que él mismo se había puesto unas semanas atrás.

Lucas pasó el fin de semana corrigiendo exámenes y Carol salió con sus amigas, una vez más, a la discoteca de siempre.

El lunes por la tarde, cuando Lucas se dirigía a la pastelería, sintió el corazón acelerado. Se sentó y sonrió cuando Virginia le dejó encima de la mesa el café, como cada tarde. Pero esa vez, ningún *cupcake* ni ninguna galleta le endulzó el momento. Cuando se dirigió a pagar la bebida, Virginia se puso de puntillas y, apoyándose sobre el mostrador, le dijo en voz baja:

—Hoy no está la jefa, esta semana está por las mañanas.

—Gracias por la aclaración —dijo él en el mismo tono, sonriendo.

Carolina trabajaba por la mañana aquella semana, así que era Sonia la que estaba dentro del obrador. Sonrió y negó con la cabeza cuando cayó en la cuenta de que había estado esperando todo el día para ir a la pastelería solo por pensar que Carol estaba allí, a unos pocos metros de él.

Subiendo las escaleras hacia el tercer piso, pensó en picar a la puerta de Sonia, por si estaba allí con Martín, pero cuando tenía el dedo apoyado en el timbre, decidió no hacerlo y se dio la vuelta para entrar en el suyo. Justo antes de cerrar la puerta, se abrió la de Sonia, saliendo del piso un agitado Martín, con una excavadora de juguete en la mano.

—¡Vamos! —gritaba el pequeño.

—Hola, campeón —dijo Lucas, abriendo la puerta de su casa de nuevo.

—¡No seas impaciente! —exclamó Carolina saliendo a toda prisa del piso.

—Tranquila, de aquí no se escapa.

—Gracias —dijo suspirando—. Le he dicho que íbamos al parque y tiene que ser dicho y hecho.

Lucas se echó a reír y alborotó el pelo del niño.

—Tienes que portarte bien o tía Carol no te llevará más al parque.

El niño asintió serio.

—¿Tú vienes? —preguntó el pequeño inocentemente.

—No puedo, tengo mucho trabajo. Otro día.

—¡Bien! —gritó Martín emocionado.

Carol y Lucas se miraron en silencio. Una leve sonrisa apareció en sus bocas. Estaban limando asperezas y volviéndose a acercar y, eso, les gustaba a los dos.

—Hoy he echado de menos el *cupcake* y la galletita —confesó Lucas fingiendo un puchero, haciendo reír a Carolina, que se puso roja como un tomate.

—Esta semana estoy por las mañanas. Si quieres, tendrás que tomarte el café por las mañanas antes de irte a trabajar. —Le guiñó el ojo y Lucas sintió que se derretía por momentos.

—Te tomo la palabra.

Volvieron a mirarse sin hablar.

—¡Vamos! —interrumpió el niño tirándole del pantalón a su tía.

—Sí, será mejor que bajemos ya, o me vas a volver loca.

—Adiós, campeón. Choca otra vez. —Golpearon sus palmas y Martín le dio la mano a su tía para bajar las escaleras.

—Hasta luego, Lucas.

—Hasta luego, Carolina.

Y, de nuevo, su nombre en los labios de Lucas la hizo estremecerse.

21. Aclarémonos

La mañana siguiente, metido en la ducha, Lucas sonreía nervioso. Se había levantado un rato antes para pasar por la pastelería y tomarse el café.

—¡Lucas! —le llamó Jorge cuando lo vio bajar las escaleras, al salir de su piso.

—Buenos días, chaval.

—¿Vas camino del trabajo? —preguntó Jorge bajando las escaleras.

—Sí. Bueno... no.

—¿Sí o no?

—Voy camino del trabajo, pero tenía pensado pararme antes a tomarme un café.

—¿Vas a la pastelería?

—Sí, me pilla muy cerca del colegio.

—Voy contigo. Así, de paso, hablo con Carol, que quiero comentarle una cosa.

El corto camino lo hicieron hablando animadamente. Cuando entraron a la pastelería, Jorge entró en el obrador y Lucas se sentó en una de las mesas libres. Una chica, que no era la misma que la que atendía por las tardes, se acercó a preguntarle qué iba a tomar. Cuando ella se alejó, él comenzó a trastear su móvil. Un par de minutos más tarde Jorge apareció a su lado.

—Bueno, tío. Te dejo que voy con la hora justa al despacho.

—¿No te tomas un café?

—Lo siento, llego tarde. Nos vemos.

—Está bien. Hasta luego, tío.

—Le dejo su café —dijo la chica dejando la taza sobre la mesa.

—Gracias. —Sonrió Lucas.

Un minuto después la chica volvió a aparecer a su lado.

—Perdone. Me han pedido que le deje esto también. Que aproveche.

—Muchas gracias.

Lucas se echó a reír y giró la cabeza a ver si veía a Carol a través del ojo de buey de la puerta, pero no estaba allí. De nuevo, y tras pagar, le dio una nota a la chica del mostrador para que se la diera a su jefa en cuanto él saliera por la puerta. Caminó hacia el colegio con una sonrisa instaurada en su cara.

—Hola, hermanita —dijo Jorge entrando al obrador.

—Hola, guapo.

Se dieron un beso en la mejilla y Jorge tocó un poco de masa que había sobre la mesa con el dedo.

—Estate quieto—. Le dio un manotazo en la mano.

—Oye, Carol. Patricia y yo vamos a cenar esta noche en el piso, ¿te apuntas?

—Tengo que quedarme con Martín, pero después estoy libre.

—Perfecto. Cuento contigo entonces. Te espero a las diez. Me voy, llego justo al trabajo.

—Muy bien. Que tengas un buen día.

—Por cierto, Lucas está ahí fuera sentado. Dice que ha venido a tomar café, pero creo que lo ha hecho porque estás tú aquí...

Jorge guiñó un ojo a su hermana y esta se puso colorada y sonrió de oreja a oreja, al pensar

que le había hecho caso a lo que ella le había dicho la tarde anterior.

—Gracias por la información—. Besó a su hermano y este salió por la puerta.

—Sofía —llamó en un susurro a la chica del mostrador y esta se acercó—. ¿Ves a aquel chico de allí que está mirando el teléfono?

—Sí, le acabo de poner un café.

—Pues coge un *cupcake* de chocolate y una de las galletas de mantequilla rellenas y pónselos, por favor. Cortesía de la casa.

—Muy bien.

Volvió al obrador sin mirar atrás, pero con la seguridad de que aquel gesto iba a agradarle a Lucas. Tuvo la tentación de asomarse como la otra tarde, pero al final decidió que no y continuó trabajando, esta vez con el corazón acelerado. Un rato después Sofía entró en el obrador.

—Carolina, el chico del *cupcake* me ha dado esto para ti.

Sin poder evitarlo, sonrió como una boba y cogió la nota con dedos temblorosos. ¿Qué le habría puesto hoy? Se echó a reír en cuanto la leyó:

¿Está intentando sobornarme con sus cupcakes y sus galletas, señorita Márquez? Como siempre, todo delicioso. Lucas.

Sin pensarlo, cogió el móvil y le mandó un mensaje: “*Sí, te estoy sobornando con lo que mejor sé hacer, ja, ja. Es mi manera de pedirte perdón por haber sido una auténtica idiota.*”

Esperó su respuesta durante un rato, pero cayó en la cuenta de que estaría dando clases y no podría mirar el móvil, así que se metió de lleno en su trabajo hasta que, minutos antes de terminar su turno, sonó su teléfono. Sonrió cuando vio el nombre que aparecía en la pantalla.

—Hola, Lucas.

—Así que sobornándome, ¿eh?

Carolina se echó a reír.

—¿Funciona?

—Nunca me habían pedido perdón atiborrándome de magdalenas y galletas.

Los dos soltaron una carcajada y Carol sintió cómo su pecho se hinchaba de felicidad al sentir que Lucas ya no la evitaba.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó el chico sin pensar

—Jorge me ha invitado a cenar en su piso.

—Vaya, he llegado tarde.

—Bueno, si te apetece venir, vamos a estar nosotros y mi amiga Patri, que ahora es la novia de mi hermano.

—¿Tu hermano y tu mejor amiga están juntos?

—Exacto.

—¿A qué hora paso a recogerte?

De nuevo, risas.

—A las diez está bien.

—Perfecto, a esa hora voy a por ti. Por cierto, ¿dónde vivías?

Y, una vez más, las carcajadas de ambos. Las mismas risas que dos adolescentes cuando están “pelando la pava”.

—Nos vemos a las diez.

—Hasta luego, preciosa.

—Adiós, Lucas.

Colgó el teléfono con el corazón acelerado, recogió las cosas con rapidez y se dirigió a casa de Sonia, donde habían quedado para comer juntas. Por el camino, llamó a su hermano para decirle que había invitado a Lucas a cenar y cómo no, Jorge no tuvo ningún problema en que su vecino cenara con ellos.

Aquella tarde con Martín se le hizo eterna. El tiempo apenas corría y ella estaba deseando salir de allí, ducharse, arreglarse y cenar tranquilamente con él. Bueno, con él, su hermano y su mejor amiga. Pero lo importante era que Lucas iba a estar allí también. Cuando Sonia llegó, se despidió de ella rápidamente, bajó a su piso y se metió en la ducha. Se vistió con ropa cómoda, pero pensando en gustar a Lucas. Se puso unos vaqueros tobilleros y una camiseta blanca con un escote en V que dejaba ver su canalillo.

Sin duda, su estrategia funcionó porque, cuando Lucas le picó y ella abrió, este se la quedó mirando boquiabierto, repasando su cuerpo con la mirada, de arriba abajo.

—Hola, preciosa. ¿Estás lis...?

El chico la miraba embelesado.

—¿Bajamos? —dijo Carol, rompiendo el silencio.

—Claro, claro. Vamos.

La cena entre los cuatro fue divertida y amena. Carolina pudo comprobar lo compenetrados que estaban su hermano y su amiga y se alegró por ellos. Y Jorge pudo comprobar que el vecino y su hermana se gustaban mucho más de lo que querían reconocer.

Pasada la medianoche, Carol decidió irse a su piso, ya que madrugaba para irse al obrador bien temprano.

—Yo también me marchó —dijo Lucas—. Muchas gracias por la cena, lo he pasado muy bien.

—De nada, hombre. Ya sabes, baja más a menudo a cenar con nosotros —respondió Jorge, chocando sus manos.

—Te tomo la palabra. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Patri, dándole un beso en la mejilla a Lucas—. Mañana hablamos, amiga —dijo al oído a Carol, dándole un beso después.

—Hasta mañana, chicos —se despidió Carol—. Sed buenos.

Lucas y ella subieron las escaleras hacia el segundo piso, en silencio. No fue hasta que llegaron a la puerta de Carol cuando por fin hablaron.

—Me lo he pasado muy bien —dijo ella.

—Yo también. Pero la próxima vez, podríamos cenar por ahí, los dos solos...

Carolina asintió con la cabeza y Lucas sonrió de medio lado.

—Buenas noches, Lucas.

—Que descanses, preciosa.

Se acercó lentamente a ella, tanteando el terreno por miedo a recibir un tortazo por lo que iba a hacer. Pero viendo que Carol no se movía, acercó su nariz a la suya y, rozando las puntas con suavidad, le dio un casto beso en los labios.

—Hasta mañana —susurró apartándose de ella.

—Hasta mañana...

Carol entró en su piso flotando en una nube. ¡No podía creer que Lucas la hubiese besado! Con aquel beso sintió miles de mariposas revolotear por su estómago.

Durante los siguientes días, el acercamiento era más que evidente. Se mandaban mensajes durante el día y tanto uno como otro hacían todo lo posible para cruzarse por las escaleras del

edificio.

—¿Te apetece que cenemos juntos esta noche? —preguntó Lucas mientras subían las escaleras.

—Me apetece mucho.

—¿Te recojo a las nueve?

—Perfecto.

Puntual como un reloj suizo, Lucas llamó al timbre del piso de Carol. Esta apareció con un ceñido vestido negro y unos taconazos.

—Madre mía... estás impresionante.

—Gracias. —Sonrió y se acercó a darle un beso en la mejilla.

Aquella noche, Carolina estaba dispuesta a echar toda la carne en el asador. Después de todos los días que habían pasado escribiéndose y llamándose, viéndose por las escaleras o en la pastelería, ya era hora de aclarar las cosas.

Lucas la llevó a un local de moda, de los que siempre está a tope de gente y que para poder cenar tienes que reservar con semanas de antelación.

—¿Cómo has conseguido reservar aquí con lo difícil que es?

—Uno tiene amigos en todas partes —dijo dándole la mano para entrar juntos. Carol entrelazó sus dedos con los de Lucas y apretó su mano. Se sentía bien, se sentía a gusto con él y quería que lo supiera.

La cena transcurrió entre miradas y sonrisas pícaras. Roces bajo la mesa y alguna que otra caricia en el brazo del otro. Estaba claro que, si los dos querían, aquella noche iban a poder aclarar las cosas y terminarla muy, muy bien...

—¿Quieres? —Lucas le dio a probar un trozo de tarta de chocolate del postre.

Carolina se incorporó, cogió la nuca de Lucas y le dio un corto pero tórrido beso que lo descolocó.

—Está buenísima.

Lucas tardó varios segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, pidió la cuenta para salir de allí lo antes posible.

Entre risas salieron del restaurante y, a escasos metros de allí, Lucas tiró de ella para esconderse en un portal. Quería buscar sus labios para besarlos. Los dibujó con su lengua y se separó de ellos para buscar la reacción de Carolina, que jadeó, alterada y acalorada por el tórrido momento. La volvió a besar, demostrándole que un beso suave y tierno puede transformarse en algo muy fogoso y dejarte con demasiadas ganas de obtener mucho más.

—Lucas... —susurró Carol cuando sus bocas se separaron.

—No he podido aguantar más. Lo siento.

—No lo sientas, quiero más.

Esta vez fue Carolina la que se abalanzó a su boca, excitada por el beso y por la situación de ser pillados en cualquier momento. Cerró los ojos, disfrutando de sus labios pegados a los de Lucas. Bebiendo de su boca, sintiendo su aliento caliente y cercano. Estaba en el cielo. Sin remedio, sin control, loca por él. Sus lenguas se deseaban, se entrelazaban. Sus bocas rugían en un intercambio de salivas sedientas de más. Sedientos también el uno del otro. De pie, muy pegada a él, su piel ardía y su corazón latía con furia. Ardía en deseo de pasar la noche, y la vida, junto a Lucas. Lo tenía completamente claro. Respiraba suave y profundo, para oler de arriba abajo cada milímetro de ese cuerpo que ya deseaba con desespero.

—Vayámonos de aquí —propuso Lucas.

—Llévame a tu piso.

Lucas abrió los ojos de par en par y, cogiéndola con fuerza de la mano, caminaron hacia el coche, donde, una vez dentro, contuvieron las ganas de echar un polvo allí mismo. Durante esos minutos, después de que sus respiraciones agitadas se calmaran, Carolina habló, queriendo dejar las cosas claras de una vez por todas.

—Lucas, tenemos que hablar. La tarde que Diego abrió la puerta no...

—Tranquila —la interrumpió—, no tienes que darme explicaciones.

—Pero quiero hacerlo. Aquella tarde lo invité a tomar una copa en casa. Hacía unos días que nos habíamos encontrado en la calle y hablamos largo y tendido sobre lo que pasó entre nosotros. Sin querer, le eché una copa de vino sobre la camisa y cuando picaste, él se la había quitado para ponerse una camiseta limpia.

—No importa, de verdad.

—No quiero que pienses que me estaba acostando con él. Después de aquella tarde, desapareciste por completo, me evitabas a todas horas...

—Me lo pidió él. —Volvió a interrumpirla.

—¿Cómo?

—Fue Diego el que me pidió que me alejara de ti. Me dijo que lo ibais a volver a intentar y yo no quise ser un problema entre vosotros.

—Qué cabrón.

—En el fondo le entiendo. No quería tener a ningún competidor a su alrededor —siguió hablando, haciendo unas comillas con los dedos de la mano derecha al decir lo de competidor.

—Joder... cómo no me di cuenta antes.

—No pasa nada. Aunque he de confesarte que, después de verte con él un par de veces, los celos me comían por dentro y... —Cogió aire y lo soltó despacio—. Me acosté con una chica cuando me fui de viaje en Semana Santa.

—¿Con la rubia que te acompañaba la tarde que bajabas con mi hermana también?

—¿¡Qué!? ¡No! Nuria es mi hermana.

Carolina miró a Lucas sorprendida. ¡De eso le sonaba su cara! Lucas le había enseñado una tarde una foto de su familia y salía ella.

—¿Entonces?

—Una compañera de trabajo de mi hermana, nos conocimos en una fiesta y surgió. Pensé que tú estabas con Diego y... —La risa de Carol hizo que Lucas se callara—. ¿Pasa algo?

—Pasa que los dos somos unos idiotas. La tarde que te vi con tu hermana, pensé que te ibas de viaje con tu ligue y, por puros celos, me acosté con Diego, a ver si así conseguía olvidarte. Pero fue peor el remedio que la enfermedad.

—Vamos por partes. Aclarémonos —dijo Lucas—. ¿Tienes algo con Diego?

—¡No! Aquella misma tarde, después de acostarnos, se dio cuenta, bueno, más bien nos dimos cuenta de que no podía haber nada entre nosotros y se fue. No he vuelto a saber de él. ¿Y tú con la chica de la fiesta?

—No, nada de nada.

Llegaron al *parking* del edificio donde Lucas aparcaba el coche y cuando estacionó y paró el vehículo, Carol se giró en el asiento.

—Lucas, quiero que sepas que me gustas mucho. Muchísimo. Se me acelera el corazón cuando estoy a tu lado, sonrío como una tonta cuando recibo un mensaje tuyo o pienso qué ponerme si sé que voy a encontrarme contigo. Pero también he de confesarte que tengo miedo. Miedo a que después de un tiempo me dejes tirada y volver a pasarlo mal. No quiero sufrir de nuevo por algo

así.

—Si tienes miedo de intentarlo es porque lo estás deseando, de igual forma que yo deseo estar contigo. Y tranquila, porque yo no pienso dejarte escapar...

Se abalanzó a su boca como una fiera, deseoso de sentir el juego de sus lenguas. Salieron del coche y continuaron besándose en el ascensor que los llevó a la calle. Anduvieron unos metros hasta llegar a su edificio. Una vez dentro del bloque, llegaron caldeando al tercero. Tenían prisa por volver a sentir sus cuerpos. Y, una vez dentro del piso de Lucas, este la tomó por la cintura y apretó sus nalgas hacia él. Pausadamente comenzaron a desvestirse y, mientras tanto, más besos y más caricias, lamiéndose sin parar, tocándose por todas partes.

Llegaron al dormitorio, donde, tumbados en la cama, Carolina se puso sobre Lucas, queriendo llevar el control. Besó su cara, su cuello, el poco vello de su pecho, sus pequeños pezones y descendió deseosa y decidida por su vientre hasta su ombligo. Mordió su labio lascivamente mientras miraba a Lucas, como si fuera su último cartucho, su última oportunidad.

Siguió bajando hasta el borde de sus calzoncillos. Notaba su sexo duro. Lo palpó, lo apretó, lo mordisqueó sobre la tela. El pene de Lucas estaba cada vez más erguido, y el sexo de Carolina cada vez más empapado. Se deseaban más que a nada.

Impaciente, deslizó la ropa interior de Lucas hasta quitársela y dejarla caer al suelo. Se acercó despacio y admiró su miembro, poderoso y precioso. Lo acarició con sus manos, lo recorrió de arriba abajo. Su nariz, celosa, se acercó aún más para oler su esencia profundamente. Aquello hizo que un ronco gemido saliera de la garganta de Lucas. Carolina abrió la boca, acercó sus labios a su sexo y lo lamió. Le dio besos tiernos, dulces, mojados. Se lo metió en la boca, absorbiéndolo, deseándolo y disfrutando de aquel sabor único. Lo mordisqueó despacio, lo lamió entero, mojándolo con su saliva. Carol gimió con el duro mástil de Lucas metido en la boca.

—Dios... —jadeó roncamente con la mano sobre la cabeza de Carol.

Paró y reptó por el cuerpo de Lucas hasta llegar a su boca y darle un leve mordisco en el labio inferior.

—Me vuelves loco —dijo Lucas tumbándola en la cama y poniéndose sobre ella.

De nuevo besos enamorados, salivas sedientas y sus bocas enloquecidas. Cuerpos mojados y pegados, resbalando el uno junto al otro.

—Cómo he echado de menos tus pechos... —dijo metiéndose uno en la boca.

Lamió alrededor de la areola lentamente con la punta de la lengua, haciendo que los pezones se le pusieran duros al instante. Lucas paseó sus manos por el cuerpo de Carolina, que se estremecía a cada caricia que le proporcionaba. Sus crispados dedos tantearon las braguitas, los pasó por el borde, las cogió y se las bajó, dejando un camino de besos allá por donde iba pasando su boca.

—Lucas...

—Dime.

Carolina no contestó. No podía. Más besos, más lengua recorriendo su cuerpo. Estaba desnuda y expuesta ante él, con las piernas abiertas de par en par porque Lucas se las había abierto y besaba el interior de sus muslos con absoluta delicadeza.

—Dime, Carolina —volvió a repetir—, dime qué es lo que quieres.

—Te quiero a ti.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó muy cerca de su húmedo sexo.

Cogió la cabeza de Lucas y se la metió entre las piernas.

—Esto...

Lucas comenzó a lamer la mojada hendidura de Carol de abajo arriba sin quitarle los ojos de

encima. Apoyada sobre sus codos, tenía la cabeza echada para atrás y los ojos cerrados por el placer. Lucas deslizó suavemente la punta de su lengua por sus labios íntimos, sobre los que hacía círculos rozando su clítoris. Cuando notó que este se endurecía, aumentó la presión y cubrió su vulva con la boca, aportando también el calor de su aliento. Se centró en el botón de placer, agitándolo con más fuerza cada vez. Después metió su dedo índice en la vagina, balanceándolo mientras su lengua adquiría un ritmo frenético. Poco después, metió un segundo dedo.

—Ah... No pares, Lucas... —pedía Carolina enardecida.

Y, haciéndole caso, Lucas aceleró aún más los movimientos de su lengua, haciendo que Carolina se lanzara de pleno, y sin paracaídas, a una caída hacia el orgasmo.

—Me voy... —dijo segundos antes de llegar al clímax.

Lucas se ponía un preservativo mientras Carol intentaba recuperarse de aquel maravilloso orgasmo; cuando, con la respiración aún entrecortada, notó cómo se metía dentro de ella en una sola embestida.

—¡Dios! —gritó ella de placer.

Salió y entró en sus entrañas en varias ocasiones, haciéndola estremecer. Aceleró sus movimientos, notando así, cómo las paredes de la vagina lo succionaban debido a las contracciones de placer.

La habitación se llenó de gemidos de pasión de los dos. Sus besos callaban los suspiros de placer de sus gargantas y los movimientos de sus cuerpos hacían arder las sábanas de la cama. Carol arqueó la espalda para sentir el duro mástil de Lucas meterse hasta lo más hondo y él empujó, haciéndola gritar de satisfacción. Arriba, abajo, adentro. Más adentro. Pocos minutos después, Carolina volvió a alcanzar el orgasmo y Lucas se dejó llevar, vaciándose en su interior. Permanecieron quietos y en silencio durante unos minutos, hasta que sus cuerpos sudados notaron el frío de la noche entrar por la ventana entreabierta.

—Carolina. —Rompió el silencio Lucas.

—Dime.

—¿Qué somos tú y yo? Siempre me lo he preguntado.

Carol giró la cabeza y lo miró. Estaba de lado, con el codo apoyado en el colchón y la cabeza sobre la mano.

—¿Cómo que qué somos?

—¿Amigos, vecinos, amantes, algo más?

—Somos vecinos, somos amantes, somos algo más... Lo que está claro es que no somos dos amigos que se confunden de vez en cuando.

—¿Te gustaría ser algo más?

—¿Te refieres a ser pareja?

—Por ejemplo... —Lucas sonrió de medio lado y aquello derritió de amor a Carolina.

—Solo voy a decirte una cosa, y que te quede clara... —Se acercó a Lucas y, posando los labios en su oído, le dijo—: Eres un *cupcake* en un mundo lleno de magdalenas.

Lucas se carcajeó por la ocurrencia de Carolina para confesarle que era alguien importante para ella.

—¿Me estás llamando magdalena? —dijo riéndose.

—Oye, no te equivoques. —Se incorporó, haciéndose la ofendida—. Nunca compares a un *cupcake* con una magdalena. Nunca...

—Perdone usted, señorita Márquez. Seré lo que quiera que sea.

—Solo quiero que seas mi *cupcake*, para siempre —dijo dándole un pequeño beso en la punta

de la nariz.

—A sus órdenes, mi dulce Carolina...

De nuevo, besos, caricias, pequeños mordiscos de placer y toda una vida por delante para poder demostrarse todo lo que sentían el uno por el otro...

Epílogo

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Más que nunca.

Sonia miraba a su hermana pequeña con tristeza.

—No te olvides de nosotros.

—Eso jamás, boba.

Carolina abrazó a su hermana con todas sus fuerzas. Estaba reprimiendo las lágrimas, pero la decisión ya estaba tomada y no había marcha atrás.

—¿Y qué haremos ahora sin ti?

—Tienes a mamá y papá. Y te recuerdo que ya no estás sola —dijo guiñándole un ojo.

—No es lo mismo —respondió Sonia con la voz temblorosa.

Carol se encogió de hombros. Martín se acercó a su tía y esta lo apretujó entre sus brazos. Segundos después salió corriendo hacia su habitación para seguir jugando.

—Venga, que no me voy a la otra punta del mundo. Estamos a un par de horas de viaje.

—¡Y te parece poco! —se quejó Sonia—. ¿Se lo has dicho a mamá y papá?

—Esperaremos al fin de semana. Lucas y yo queremos decírselo juntos.

Había pasado más de un año desde que iniciara su relación con Lucas, y durante los meses de todo un curso escolar habían vivido en la distancia; ya que a él lo destinaron a más de tres horas de donde vivían y solo podían verse los fines de semana que, o uno u otra, viajaba para poder estar juntos cuarenta y ocho horas.

Tras finalizar las clases, habían pasado todo el verano sin saber qué destino iba a ser el siguiente para Lucas. Y hacía un par de días que se habían enterado de en qué colegio le tocaba trabajar el curso siguiente.

—¿Y qué harás allí sin trabajo?

—Me buscaré la vida.

—¿Te das cuenta de que vas a dejarlo todo por amor? —preguntó Sonia.

Carolina asintió sin hablar. Claro que se daba cuenta, y la decisión que había tomado era la correcta. Quería estar junto a Lucas y si eso implicaba viajar con él y dejar la pastelería atrás, por mucho que le doliera, pensaba hacerlo.

—Va a cubrir una excedencia de tres años, así que ya surgirá algo para mí.

—Siempre puedes montar tu propio negocio.

—Pues a lo mejor me animo, porque tengo unos ahorrillos y...

El timbre las interrumpió. Cuando Sonia abrió la puerta de su piso, le dio un manotazo en el brazo a su cuñado y seguidamente un abrazo.

—Lo que voy a sufrir teniendoos tan lejos.

—No seas exagerada, cuñada. Seguramente vendremos muchos fines de semana —dijo Lucas, aún con ella entre sus brazos.

—No es suficiente.

—Pero ¿qué ocurre?

Germán, que se encontraba justo detrás de Lucas, miraba sorprendido a su chica, que abrazaba con fuerza al novio de su hermana. Sonia había iniciado, hacía casi un año, una relación con un

hombre maravilloso con el que su hijo Martín encajó a la perfección.

—Ay, cariño, que mi hermana y Lucas se van —dijo separándose al fin de Lucas y dejando que los chicos entraran en el piso.

—¿Ya te han dado destino? —se interesó Germán.

—Sí, pero tranquilo, solo estamos a un par de horas de aquí.

—¡Ah, bueno! No sufras, cielo, ya iremos a visitarlos algún fin de semana.

—Claro, como no es tu hermana la que se va...

Germán se echó a reír y la estrechó entre sus brazos.

El día en el que conoció a Sonia se quedó completamente prendado de ella. Le costó conseguir un acercamiento, pero cuando lo consiguió, supo que ya no quería separarse de ella ni del pequeño Martín.

Unos minutos después el timbre volvió a sonar.

—Deben ser Jorge y Patri. —Carolina se acercó a la puerta y la abrió.

Saludó a su hermano y a su amiga. Habían quedado todos para cenar en casa de Sonia y Germán, que compartían el mismo techo desde hacía pocas semanas. En el transcurso de la cena, Lucas y Carol explicaron los detalles del nuevo destino e informaron que se iban a poner a buscar un piso de alquiler lo antes posible, ya que se marchaban en apenas un par de semanas.

—Qué precipitado —comentó Patri.

—Así funciona lo nuestro —respondió Lucas—, te informan con el tiempo justo para hacerte a la idea de que te tienes que ir.

—Entonces tendremos que darles la noticia antes de que se marchen, ¿no te parece? —Jorge miró a su chica con complicidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sonia.

La pareja sonrió y miró a las personas que tenían a su alrededor, que no les quitaban el ojo de encima.

—¡Vamos! Estamos esperando —dijo Carolina.

—Me da igual que te vayas a vivir a dos horas de aquí o a la Conchinchina, pero que sepas que dentro de siete meses te quiero aquí —soltó Jorge.

—¿Y eso? —preguntó Carolina.

—Ay, no puede ser... —Sonia abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

—Si todo va bien, dentro de siete meses aumenta la familia —explicó Patricia con una sonrisa de oreja a oreja.

Los gritos de alegría, los abrazos y las felicitaciones se escucharon en todo el bloque. Carolina y Patricia se abrazaron con fuerza.

—Madre mía, amiga, que me vas a hacer tía.

—Quién nos lo iba a decir.

—¡Eso digo yo!

—Martín, vas a tener un primito —le dijo Jorge a su sobrino, cogiéndolo en brazos.

—O una primita —intervino Sonia.

—Lo que tenéis que hacer Germán y tú es encargarle una hermanita. ¿A qué sí, corazón de melón? —dijo Carol, dándole un beso al pequeño.

—Eso tendrá que esperar un poco —dijo Sonia.

—Bueno, pues practicad mucho mientras tanto —bromeó Lucas.

—Lo hacemos, no te vayas a creer que no.

—¡Germán!

—¿Qué? —preguntó entre las risas de todos.

—Yo quiero un hermano, para jugar a las peleas.

Martín se puso a dar patadas y puñetazos al aire, pero Germán lo paró y este le hizo caso al instante. Sonia puso los ojos en blanco.

—Me tiene frita con los juegos de lucha. No saben hacer otra cosa.

Los demás se echaron a reír.

—Me parece increíble que dentro de poco seamos uno más —dijo Carolina.

—Y a mí —contestó Sonia—. ¿Estáis contentos? —preguntó a la pareja.

—Más que nunca —respondió Patricia.

—Es un bebé deseado y buscado, y estamos muy felices —intervino Jorge.

El resto de la noche pasó entre conversaciones sobre embarazos, bebés y viajes por trabajo.

Dos semanas más tarde, Carolina y Lucas ponían rumbo a su nuevo destino.

—Cuídame —dijo José a Lucas.

—No tenga la menor duda de que lo haré.

—Lo que os voy a echar de menos —dijo Mercedes abrazando a la pareja.

—Tened buen viaje y llamad en cuanto lleguéis —pidió Jorge.

—Sí, tranquilo.

—Venga, ya mismo nos vemos —habló Sonia, más bien dándose ánimos a sí misma.

—Nos tenemos a un paseo —bromeó Lucas intentando alegrar un poco el ambiente, que se había entristecido.

—Nos va a costar digerir que te llevas lejos a nuestra pequeña, pero sabemos que sois felices y vais a estar bien allí —comentó Mercedes.

—Por supuesto, mamá. Nunca he sido tan feliz.

Carolina abrazó a su madre, después a su padre y por último a todos los demás. No pudo evitar derramar lágrimas, sobre todo cuando Martín no quiso soltarse de su cuello.

—Ya mismo vendré a verte, corazón de melón.

El niño asintió sin hablar y rápidamente saltó a los brazos de Germán, hundiendo la cabeza en el hueco entre el cuello y el hombro. El pequeño estaba triste y no quería que nadie lo viera así.

Tras unos minutos más, se montaron en el coche y emprendieron el camino hacia su nuevo hogar.

—¿Preparada? —le preguntó Lucas.

—Preparadísima. Ya sabes que eres mi *cupcake* favorito y contigo me voy al fin del mundo.

Lucas apretó su muslo con cariño y Carolina posó su mano sobre la de él, sintiendo que su hogar estaba a su lado, sin importar el lugar.

FIN

Agradecimientos

Confieso que encontrarme en esta tesitura, una vez más, se me hace complicado. Y es que siempre me pasa igual; no quiero olvidarme de nadie en estas líneas.

Primeramente, dar las GRACIAS a mi marido por su apoyo incondicional. Si no tuviera a mi lado a una persona que creyera en lo que hago, difícilmente seguiría en este mundo de la escritura. Es mi mayor fan, se siente orgulloso de mí y, sin duda, es el mejor *community manager* que he podido buscar. Juntos formamos un equipo de diez. Gracias y mil veces gracias, cariño. Hoy, y siempre, *I love you to the end*, Uceda.

GRACIAS a mis lectoras cero, que siguen a mi lado historia tras historia: Jessi, Virginia, María González, María Ojeda y Carmen.

GRACIAS a mi amiga del alma por sentirse orgullosa de mí desde el minuto uno. Siempre a mi lado a pesar de la distancia. Te quiero, hermana de no sangre.

GRACIAS a mi querida Belén, por sus sinceras opiniones, por esperar siempre con ganas una nueva novela, por estar igual de loca que yo, por vivir juntas la maternidad, por las conversaciones de WhatsApp sin desperdicio y por tener los mismos gustos que yo (ya tú *sabeh*, amiga). Bendito el día en el que nuestros caminos se cruzaron.

GRACIAS a Kaera Nox, ¡no sé qué haría sin ti! Una magnífica mujer que está siempre que la necesito. Ella consigue calmar mis nervios, disipar mis dudas y darme la tranquilidad que algunas veces me falta. El destino te puso en mi camino y doy gracias por ello, de verdad. Siempre te lo digo, ¡¡eres una máquina!!

GRACIAS a todo el equipo de Son Cuquis, una cafetería-pastelería ubicada en Terrassa (Barcelona), por dejarme usar la imagen de uno de sus maravillosos *cupcakes* para la portada de esta novela. Es perfecta para la historia de Carolina y Lucas.

GRACIAS a todas esas maravillosas personas que he conocido a través de las redes sociales y con las cuales comparto mi día a día. A algunas de ellas he tenido el placer de conocer en persona y a otras espero hacerlo muy pronto: Yoli Pérez, Eva M^a Solano, Mamen Borrega, Lux Aeris, Loli Zamora, Mayka Pérez, Marien Fernández Sabariego, Eva M^a Montiel, JMary Jurado, Susana Gamero, Marillac Romero, Katy Oliveros, Marisa Gallen, Laura Duque Jaenes, Inma Ferreres y muchas otras más. ¡Sois todas geniales!

GRACIAS a mi familia por estar a mi lado y apoyarme en cada una de las decisiones que tomo.

Y por último, GRACIAS a ti, lector, por tener esta historia entre tus manos. Espero que hayas disfrutado con ella y que te apetezca seguir leyéndome.

Sobre la autora

Lidia López Romero (Lidia Páez), nació en Esplugues de Llobregat un día de primavera de 1987. Desde niña le gustó escribir y le daba sus historias a sus compañeros de instituto para que las leyeran.

Aficionada a la lectura romántica y erótica, sintió la necesidad de dar vida a unos personajes que rondaban por su cabeza desde hacía un tiempo. Y, tras varios meses de trabajo, en junio de 2018 autopublicó en formato digital “La banda sonora de Elena”. Meses después, Ediciones Atlantis publicó su primera novela en papel, que ya se encuentra en su segunda edición.

En abril de 2019 salió a la venta en digital su segunda historia, “Me arriesgo a dormir contigo” y meses más tarde en formato papel.

En la actualidad reside en un precioso pueblo de la provincia de Córdoba con su marido y sus dos hijas, donde combina su pasión por la lectura y la escritura con pasar tiempo en familia.

Puedes encontrarla en redes sociales:

Facebook: Lidia Páez

Instagram: @lidialr25